

La Ilustración Artística



AÑO XXV

← BARCELONA 19 DE FEBRERO DE 1906 →

Núm. 1.260



ALEGORÍA DEL CARNAVAL, dibujo de Julio Borrell

ADVERTENCIA

El primer tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL que repartiremos á los señores suscriptores será la obra de GUSTAVO DROZ

TRISTEZAS Y SONRISAS

traducida por Arturo Masriera é ilustrada por Carlos Vázquez.

De esta obra se han impreso en Francia OCHENTA EDICIONES.

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *El baile de máscaras (Acuarela carnavalesca)*, por Alfonso Pérez Nieva. — *Sin careta*, cuadro de V. Gamba. — *El rey Federico VIII de Dinamarca*. — *Fabio Fabbí*, por A. García Llansó. — *La boda de Miss Alicia Roosevelt*. — *La conferencia de Algeciras*. — *Espectáculos*. — *El falsario*, novela de Julián Hawthorne, con ilustraciones de Mas y Fondevila. — *Cómo los japoneses han economizado vidas durante la última guerra*, por Anita Newcomb, doctora en Medicina. — *El automóvil de guerra C. G. V.*

Grabados.—*Alegoría del Carnaval*, dibujo de Julio Borrell. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *El baile de máscaras*. — *Junto al estanque*, cuadro de Carlos Vázquez. — *Sin careta*, cuadro de V. Gamba. — *El rey Federico VIII de Dinamarca*. — *La reina Luisa de Dinamarca*. — *Copenhague*. — *El rey Federico VIII saludando al pueblo desde el balcón del palacio de Amalienborg*. — *Fabio Fabbí*. — *Contraste*. — *Los judíos de Varsovia camino del mercado*, cuadros de Fabio Fabbí. — *Rusia*. — *Disturbios revolucionarios*. — *Un jefe rebelde de Curlandia condenado á muerte*. — *Aspecto de una casa de Komersheff después de haber sido bombardeada*. — *Una sesión plena de la Conferencia de Algeciras*, dibujo de J. Simont. — *Miss Alicia Roosevelt y su prometido Mr. Longworth*. — *Casa de Mr. Longworth en Rockwood (Cincinnati)*. — *Reclutas japoneses en un gimnasio*. — *Camilleros japoneses*. — *Los soldados japoneses Iwasaki y Nakano*. — *El automóvil de guerra*. — *París*. — *Visita de los individuos del County Council de Londres al Consejo Municipal de París*.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: las elecciones generales: la fiebre amarilla: prosperidad mercantil: la inmigración española. — **Honduras:** la Asamblea nacional: la dictadura de Bonilla: un acuerdo de su gobierno citado en el Congreso español de diputados. — **Colombia:** el último mensaje del general Reyes: los nuevos ferrocarriles en construcción y proyecto. — **Ecuador:** el general Alfaro y la revolución. — **Venezuela:** la cuestión franco-venezolana. — **Paraguay:** nuevo presidente provisional.

En Cuba empezó el año 1906 sin novedades en el orden político. Las elecciones generales de 1.º de diciembre de 1905 dieron el resultado que ya se suponía; el partido liberal se abstuvo, y sin conflictos, sin lucha, triunfaron los moderados, ó sea el partido del presidente. Quedó, pues, asegurada la elección de Estrada Palma para la presidencia y de Méndez Capote para la vicepresidencia. Tranquilidad completa, gran entusiasmo, estricta legalidad, tales han sido, según la prensa adicta al gobierno, las notas características de esas elecciones. Habrá que felicitarse por ello, si la abstención de los liberales no es indicio de que intentan acudir á otros medios para alcanzar la victoria. Se habló de tentativas revolucionarias; mas hasta ahora los hechos no confirman los propósitos atribuidos á los partidarios del que fué en un principio candidato liberal á la presidencia, José Miguel Gómez.

Los ramalazos del terrible vómito negro no cesan; en diciembre hubo casos de fiebre amarilla en varias localidades de la isla. El gobierno y las autoridades cubanas se esfuerzan en demostrar que hacen cuanto pueden para combatir el mal; no quieren que se les inculpe de la reaparición de la epidemia ó endemia. Los yanquis dicen que la fiebre amarilla vuelve en Cuba porque no gobiernan ellos la isla; sin embargo, en su mismo territorio la tienen, y no logran extirparla. Y sucede así porque hay comarcas y hay épocas en que las circunstancias climatológicas pueden más que las medidas profilácticas. Al resultado favorable de las que se tomaron en 1899 y 1900 contribuyó el hecho de que las aguas fueran relativamente escasas en los tres años anteriores; por el contrario, las grandes lluvias de los últimos meses han contrarrestado la eficacia de las disposiciones adoptadas por los actuales gobernantes de Cuba. A mediados de enero el estado sanitario había mejorado; en todo caso, la Gran Antilla bajo la administración cubana es país mucho más sano que Nueva Orleans y Panamá, por ejemplo, bajo la administración yanqui.

La situación económica continúa siendo muy satisfactoria, sobre todo desde el punto de vista mercantil. Refiriéndose á la última estadística publicada (1904), el Sr. D. Manuel Conrotte ha hecho notar recientemente, en la *Revista de Geografía Colonial y Mercantil*, la prosperidad del tráfico en la Gran Antilla y su gran potencia comercial, una de

las mayores del mundo, tenidos en cuenta el número de habitantes y la densidad de población.

Breve, pero muy digno de atenta consideración, es el notable trabajo analítico á que aludimos. De 1899 á 1904, Cuba ha ganado 11.000.000 de pesos en la importación y 44.000.000 en la exportación. Esta se ha duplicado; era de 45.000.000 y llegó ya á 89.000.000. Observa el Sr. Conrotte que en este comercio España, más bien aprovechando el movimiento adquirido que utilizando nuevos esfuerzos y energías, conserva aún lugar no muy desairado en relación con los demás países europeos; pero desairadísimo en relación con la importancia total del comercio en cuanto á las importaciones se refiere: respecto de las exportaciones, su gran inferioridad es ostensible.

El único artículo que revela fuerza expansiva en nosotros es la *carne humana*, la inmigración: en todo el año desembarcaron en puertos cubanos 29.116 inmigrantes, de ellos 23.759 españoles. Triste impresión—dice el Sr. Conrotte—producen esos guarismos, que de un lado demuestran el malestar de la vida en nuestro territorio, y de otro la desdicha inmensa de los compatriotas que, sin cultura y sin recursos, se expatrian para ejercer en tierra extraña los oficios más humildes y que menos merecen la estimación social.

La instalación definitiva de la Asamblea Nacional hondureña es principio de la labor importante que deben cumplir los legisladores para normalizar la situación del país y promover su bienestar y progreso. Según la prensa que en Tegucigalpa refleja las ideas y aspiraciones del general Bonilla, el presidente dictador podía prolongar el estado actual, con suma de motivos que lo justificaran; pero pesa sobre sus hombros una responsabilidad que desea declinar, y su mayor anhelo es poner los actos de su gobierno, con entera fe, en la balanza de la opinión pública, sensata y desinteresada, y esperar tranquilo, con la conciencia satisfecha por el deber cumplido, el fallo que la patria y la historia dicten sobre su persona y su gobierno. Justo es decir que en el tiempo transcurrido desde que Bonilla asumió la dictadura, ha habido paz en Honduras, se han mantenido afectuosas relaciones con los demás Estados de Centro América y se han fomentado estudios y obras públicas de gran utilidad general.

Y ya que hablamos de Honduras, oportuno nos parece consignar que sucesos acaecidos hace más de dos años en esa República han tenido ahora resonancia en España. En nuestro Congreso de diputados, uno de éstos llamó la atención del gobierno sobre el proceder del representante diplomático de la nación en la América Central. Con tal motivo, se recordó la muerte del español D. Nicolás Armero, atribuida al Dr. D. Juan Angel Arias, y se supo que el actual gobierno hondureño había otorgado una pensión á los hijos de la víctimas, concediéndoles además una beca para que hagan sus estudios en los Institutos nacionales. Aplaudamos, como lo hizo ya la Cámara, los generosos y justificados acuerdos del Poder ejecutivo de la República de Honduras.

En Colombia ha abortado una conjura que en diciembre último se tramó contra el presidente. Tan poca importancia ha tenido esta conspiración, que no se alteró el tipo del cambio sobre el exterior, verdadero termómetro de la confianza en la paz pública.

Así ha podido el general Reyes anunciar, en su Mensaje de 1.º de enero, que la paz reina en todo el país. El amor á ella y la necesidad de mantenerla son tan grandes y tan intensos, que la tranquilidad general ha persistido á pesar de la gran calamidad del hambre que sufrió una parte considerable del país por pérdida de las cosechas pasadas, de la miseria que dejó la guerra de tres años, y de las medidas severas y extraordinarias, en algunos casos, que el gobierno se ha visto precisado á dictar con motivo de los hábitos malsanos que la sociedad colombiana ha adquirido por el imperio de las calamidades indicadas. El hecho de haber aceptado el pueblo con resignación, valor y energía esas medidas indispensables para una juiciosa administración, sobre todo las de carácter fiscal, es prueba elocuente de que la nación colombiana posee las condiciones necesarias para ocupar su puesto al lado de las naciones más civilizadas.

Se ha recuperado el crédito en el exterior, perdido por más de veinte años, y por ello el capital extranjero busca confiadamente en Colombia, país que es

de los pocos que aún están vírgenes en muchas industrias, manera de emplearse en la construcción de ferrocarriles. Ya está asegurado el capital para las líneas de Puerto Berrio á Medellín, de Honda á Cambao, de Girardot á Bogotá, de Zipaquirá á Chiquinquirá y de Buenaventura á Palmira. Algunas de estas líneas se hallan ya adelantadas en su construcción, y todas ellas costarán quince millones de pesos oro. Pronto debe subscribirse el capital para el ferrocarril del río Magdalena á Bucaramanga, según aviso que ha dado el concesionario de la empresa.

Estos son los frutos de la paz, y también de la cordura con que vienen procediendo el gobierno, todas las clases de la nación y el pueblo en general.

En la República del Ecuador las cosas van ahora peor que en Colombia. El ex presidente D. Eloy Alfaro, uno de los más caracterizados jefes del partido liberal avanzado, acaudilla el movimiento revolucionario contra el actual presidente D. Lizardo García.

Ya á principios de noviembre notábase viva agitación en los alfaristas, y los bandos contrarios extremaban sus censuras contra el ex presidente. Placistas y garcistas tendían á culpar al general Alfaro y á sus radicalismos de todos los males que había sufrido el país, y aun de gastos hechos que no tenían justificación. Los alfaristas se defendían y procuraban que las responsabilidades cayeran sobre sus adversarios políticos.

El 18 del citado mes llegaba á Quito el general Alfaro y salían á recibirle gran número de sus amigos. En la capital y en las provincias comenzaron ó se activaron los trabajos revolucionarios, y en enero del corriente año se había ya sublevado el general Terán al frente de tropas y fuerzas de policía, y los alfaristas dominaban en varias de las provincias del Sur. Los últimos telegramas dan como triunfante al general Alfaro, de acuerdo con el vicepresidente Sr. Baquerizo.

De la cuestión franco-venezolana se tenían á principios de diciembre buenas impresiones, porque Castro había retirado la nota que dirigió al representante de Francia, Mr. Taigny, nota en que figuraban conceptos un tanto vivos ó enérgicos, que molestaron á éste y al gobierno francés. Pero el presidente de Venezuela se negó rotundamente á seguir manteniendo relaciones con Taigny, y ni aun consintió en recibirle con motivo de la recepción diplomática de 1.º de enero. Francia dió á entender que no estaba dispuesta á tolerar tal actitud, y de aquí los persistentes rumores de probable conflicto bélico entre las dos repúblicas.

Claro es que en realidad lo que persigue Francia es la sumisión de Castro á sus exigencias, para que no se perjudiquen los intereses de las empresas y financieros franceses que han establecido negocios en Venezuela. El que un diplomático no sea grato al gobierno de cualquier potencia nunca es motivo de ruptura; se le substituye por otro, y continúan las negociaciones pendientes.

Parece que el general Castro no vacila en hacer frente á Francia, sea cual fuere la resolución que ésta tome; en previsión de lo que pueda ocurrir, fortifica puertos y aumenta y reorganiza el ejército. Su actitud merece las simpatías de todos los venezolanos, y aun el mismo Matos, su rival, no puede menos de declarar justificada la conducta de Castro ante los abusos de la Compañía del cable, las insolentes arrogancias de Taigny y los soberbios requerimientos de Francia.

Ha terminado en el Paraguay la presidencia provisional de Gaona. Disidencias entre éste y algunos de sus ministros obligaron al Congreso á destituirle, nombrando en su lugar al ministro de Relaciones exteriores D. Cecilio Báez, quien, si no sobreviene cualquier otro incidente, continuará en ese alto puesto hasta 1907, ó sea hasta el fin del período constitucional para el que había sido elegido el coronel Ezcurra.

El cambio de presidente interino se ha hecho con toda tranquilidad; no ha habido, pues, alteración importante en la política del gobierno ni en los servicios administrativos, como no sea en las medidas financieras que se proponía tomar Gaona y que fueron la causa principal del conflicto con sus ministros.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

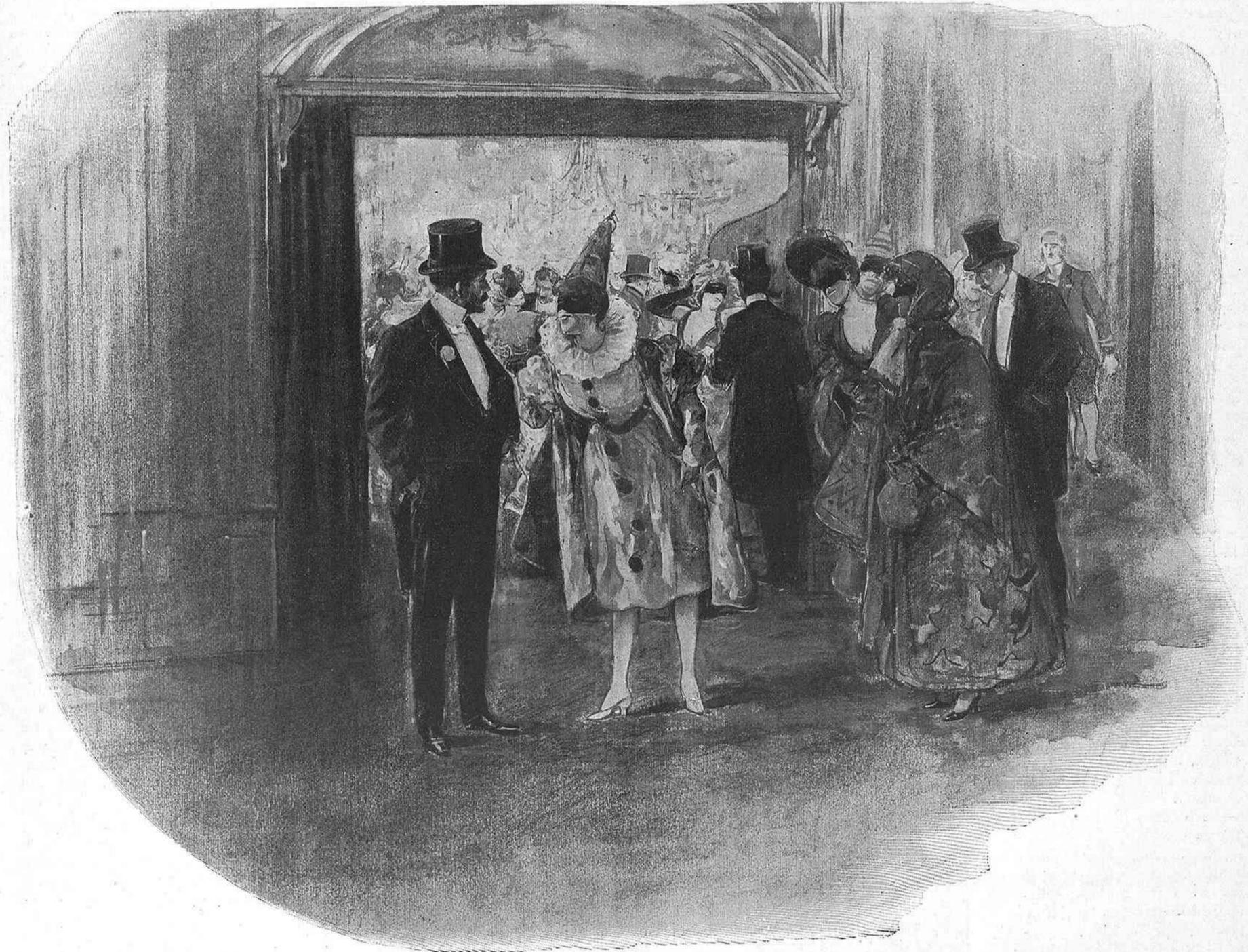
El baile de máscaras (Acuarela carnavalesca), por Alfonso Pérez Nieva

I

Siglos se le antojaban los minutos del reloj de bronce que, con el tictac de su péndola, prisionera

—¡Es cierto!
—¡Pues vente á bailar y no te aburrirás!
Sonrióse con desdén. Lo mismo de siempre, la solicitud franca de la cena detrás del antifaz que

da de fuente. Conocía á todo el mundo, de todo el mundo sabía algo. Era un agujijón de oro clavándose, sin descanso, en la multitud. Bailaron. ¡Qué manera de bailar! Hasta entonces no supo lo que es un



— ¡Pues vente á bailar y no te aburrirás!

en su caja de cristal, marcaba una nota soñolienta en el silencio del salón de lectura del círculo, amueblado á estilo Imperio. Cuando oyó, por fin, dar la una, soltó las ilustraciones extranjeras que hojeaba sin enterarse de ellas, pidió á un criado su ruso, bien envuelto en el abrigo tomó por la escalera de mármol, montó en una de las berlinas que en espera de socios mostraban las linternas rojas del pesante frente al zaguán, y gritándole al cochero: «Al Real,» el carruaje se lo llevó en su caja, en el interior de la cual, bajo la influencia de su penumbra suave, dejó el joven volar su fantasía, poniendo el pie en el primer peldaño de la ilusión.

Su mente, anticipándose al coche, escapando por la ventanilla, llegaba jadeante al salón y miraba con esos ojos ávidos que tiene el alma cuando sueña y espera. Un año había transcurrido, un año que parecía no concluirse nunca, un año de infructuosas tentativas para averiguar quién pudiera ser la misteriosa deidad, la hermosa desconocida. Porque hermosa lo era. Aunque no consiguió que se quitara el antifaz, lo revelaban así su voz de murmullo de fuente, sus ojos de parpadeos de estrella, su continente entero que los pliegues de su traje de «pierrette» hacían más gracioso y correcto. Todos los incidentes de su extraña aventura del pasado carnaval surgían en su memoria, ahora que acudía á la cita concedida entonces. La veía ante sí, las manos en los bolsillos de su calzón de seda rosa que ahuecaba como un payaso de circo, contemplándole, riéndose de él. Se amostazó. Recordaba perfectamente cómo entraron en amistades.

—¿Te burlas de mí?
—¡Te compadezco porque te aburres!

oculta el rostro y descubre el pensamiento, el hambre palpitando bajo la seda de alquiler. Pero la desconocida le adivinó su idea y le devolvió su sonrisa despreciativa.

—¡Al fin hombre para que no seas vano!
Con tal tono fueron pronunciadas estas palabras, que aún se estremecía del efecto que le hicieron. Y sin darle tiempo á contestarla nada, prosiguió con una voccecita muy suave y armoniosa, pero llena de ironías:

—Contéstame á una pregunta. ¿Has encontrado alguna vez la felicidad que has venido á buscar al baile?

—¡Jamás!
—¡Pues yo te prometo que la encontrarás esta noche!

—¿Contigo?
—¡Conmigo, si me obedeces á ciegas!

Fijóse bien en su figura. Era gallardísima y había en su persona algo original que encantaba. Iba á divertirse. ¿Qué más daba ella que otra? Siguió el impulso de la suerte y la ofreció el brazo.

—Te empeño mi palabra de no hacer más que lo que tú ordenes.

—En ella confío. Así no me preguntes cómo me llamo, ni quién soy, ni te molestes en rogarme que me quite el antifaz.

Aceptó la advertencia sin ánimo de respetarla. ¿Seriedad en un baile de máscaras? A la media hora, á las dos vueltas por el salón, estaba locamente enamorado de la «pierrette.» ¡Qué finura en las bromas! ¡Qué discreción en los comentarios! Hablaba con una ironía continua, pero ingeniosa, que hacía el efecto de un sucesivo relampagueo en su voz de caí-

vals. No se la sentía, no pesaba, parecía una pluma, pero danzaba con el alma entera, como en un éxtasis. Y los acordes arrebatadores de la orquesta llegaban hasta él á través del aliento de fuego de ella.

Llegó la hora de la cena y pasaron al ambigú. Olvidóse entonces de su palabra, de lo prometido. La primer copa de Champagne hizo saltar con su espuma sus propósitos y el esclavo se convirtió en señor. Exigióla entonces su nombre, su estado, que se quitara el antifaz, sobre todo esto. Quería verla el rostro, saber cómo era. Y cuando esperaba la victoria, la desconocida habíase levantado bruscamente, y diciéndole: «¡Hasta el año que viene!» había desaparecido sin darle tiempo á detenerla. Luego, en vano la había buscado frenético por el salón, y ahora, al año transcurrido, la berlina del círculo acababa de pararse dentro del portalón de la Opera.

II

Preludiaba la orquesta una tanda de vals cuando penetró en el salón, quedándose junto á la puerta, pegado á la espesa cortina de terciopelo para no ser arrollado por el oleaje de los bailarines que giraban ante él en una masa policroma, como si los colores de una gigantesca paleta hubieran cobrado vida repentina. Con avidez, ayudándose de unos gemelitos de bolsillo, escudriñó uno por uno todos los palcos, buscando el traje de «pierrette» de la incógnita máscara, único dato de que podía guiarse. En ninguno descubrió tal disfraz, ni en las ondas de los danzadores acertó á pasar tampoco ante su vista. Acometióle un desaliento grande. ¿No estaría? ¿Habría muerto ó se hallaría ausente? Aquella cita es-

pontánea dada al desaparecer, ¿era una fútil forma de cortés despedida?

De pronto sintió que un brazo se apoyaba sobre el suyo. Miró prontamente. Una egipcia le sonreía, y una voz muy argentina exclamó:

—Veo que has confiado en mí. ¡Gracias!

Conoció en seguida el acento, aquel acento de chorro de fuente que dejaba caer en el espíritu una gratísima frescura. Era ella, más gallarda que nunca, más apuesta bajo aquellos paños que se plegaban con supremo donaire sobre su bizarría. El joven lanzó un grito y estrechó la mano que pendía encima de su brazo.

—¿Eres tú?, la dijo.

—Yo soy. Te cité para el año que viene y aquí me tienes contigo.

—¡Vamos á bailar! Están tocando un vals, tu danza predilecta.

—¡Espérate! Antes es preciso que me jures, no me basta ya tu palabra, no preguntarme nada ni exigirme que me quite la máscara.

—¿Todavía el misterio, corazón de pedernal?

—Agradécelo. ¡De eso depende tu dicha!

—¡El escarnio tras de la intransigencia!

—A tiempo estás de...

—¡No, no! ¡Juro cuanto te plazca!

Se hundieron en la corriente del baile, y unos minutos no hablaron, llevados por la cadencia de la orquesta, que les arrullaba con un vals lleno de germánicas armonías. Al cabo ella preguntó al joven:

—¿Has pensado mucho en mí?

—¿Que si he pensado? ¡Todo el año! ¡Desde que te conocí te he estado buscando por dondequiera inútilmente! En paseos, en teatros, en la iglesia, fuera de Madrid, en Sevilla por la Semana Santa, en Toledo durante el Corpus, en Biarritz en los meses de verano...

—¿Pero cómo me buscabas si no me conoces?

—¡Por la voz, escuchando á todas las mujeres que podía! En cuanto oía reír á mi lado aplicaba el oído. Pero ¡nada! ¡Nunca tu risa!

—¡El procedimiento era pesadito!

—¡Eso te demuestra lo profundo de la huella abierta por tus ojos en mi corazón!

La egipcia clavó los suyos fijamente en su pareja. Por las dos comisuras del antifaz resplandeció algo sombrío. Luego exclamó la desconocida:

—Entonces este año ¿has es-

perado el baile del Real con más impaciencia que nunca?

—¡Soñando con él, pareciéndome que no iba á llegar jamás!, replicó impetuosamente el joven. Yo me las daba de filósofo, de escéptico y lo era. ¡Esta nebulosa de luz que nos rodea y que á todos atrae, á mí no me ha impresionado nunca y he permanecido frío siempre en medio del torbellino de fuego. Un terrón de nieve con frac. La dicha del baile cortada á patrón, sujeta á figurín... Buena para los estudiantes ávidos de lanzarse al mundo, para los viejos que se pintan. Un billete triple de lo que vale para dar media docena de vueltas con una mujer cuarta parte de lo que aparenta... Pero hoy te he conocido á ti...

—¡Es decir, no me has conocido!..

—Pero te conoceré este año, ¿verdad?

Y el acento del joven se trocó en suplicante.

—Ya te he demostrado que te acato, que te obedezco, que soy tu siervo. Un año adorando una voz y una risa. Pero esa mansedumbre merece una recompensa. Yo, más bien procaz, he cedido ante ti por complacerte, he sido tímido por primera vez en mi vida. ¿Tú no vas á poner nada de tu parte? Yo anduve ya la mitad del camino; anda tú la otra mitad. ¡Sí, sí! ¡Adivino la vacilación! ¡Tu mirada se

empaña! ¿Una lágrima? ¿Lloras? ¡Estás vencida! ¡Me quieres! ¡Oh, dime quién eres, cómo te llamas! ¡Déjame verte!

Se habían parado y las máscaras que pasaban junto á ambos se les quedaban mirando, como si extrañaran la actitud triste de ella y los frenéticos ademanes de él. La lucha que se libraba en el espíritu de la desconocida era manifiesta. Su adorador creía triunfar y robustecía sus ruegos con frases de ternura. El oleaje humano seguía yendo y viniendo

ro había cesado de insistir en que se despojara de la careta.

No es que hubiese abdicado, es que se proponía conseguir por fuerza lo que se le negaba de grado.

Y sin duda acababa de escoger el sitio discreto, juzgando que sólo obedecía la resistencia á temor de mostrar en público la cara.

El joven había clavado los ojos con avidez, ansiosamente, en el rostro de su compañera. ¡Un año aguardando aquel semblante! Se quedó aterrado, bajo el hielo de una corriente glacial que le subió no sabía de dónde, de la sima que se abría de pronto en lo hondo de su pecho, devorando sus risueñas ilusiones.

Él se había forjado una cara supraterránea, de Rafael, resumen de todas las humanas perfecciones, blanca y sonrosada, con planos y sombras admirables, y ante sus pupilas surgía una catarata vulgar, inexpressiva, mal coloreada, sin belleza alguna.

La desconocida conoció la impresión que había causado y exclamó con amargo deajo:

—¡Tú lo has querido! ¡Por ti, por tu bien, empeñábame yo en que no me conocieras! Si hubieras respetado el misterio que me envolvía, seguirías viniendo al baile anhelante. Todos los hombres sois iguales. Por vuestra propia mano deshacéis vuestra dicha. La venís á buscar aquí, y sólo de vosotros depende conseguirla. Toda ventura es una ilusión, y la ventura del baile de máscaras es el encanto de lo impenetrable. No lo respetáis, apelando hasta á la violencia, y os encontráis forzosamente conmigo. Ya lo has visto. ¡Un año soñando! ¿Qué ventura comparable á esa? Tu imaginación no me concebía como soy: fea. En un segundo, derribando mi máscara, has deshecho por ti mismo tu ideal. Ahora vas á salir del teatro helado por el tedio. Créeme, porque no te guardo rencor. Cuando sueñes con la felicidad, no pretendas nunca comprobar la adivinación.

El imprudente oía en silencio á la egipcia, sin encontrar palabras para responderla, repelido á su pesar por las líneas desagradables y vulgares de su rostro. Al cabo le preguntó aturdido:

—¿Pero quién eres?

Y la egipcia le respondió, perdiéndose luego entre las olas de las máscaras:

—Soy la sombra de la vida: la realidad.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



Junto al estanque, cuadro de Carlos Vázquez

en un flujo y reflujo de sedas y carcajadas. No se danzaba ahora. La gente discurría por el salón. La orquesta muda preludió de improviso la entrada de un vals. Súbitamente tornó á aparecer en la incógnita la esfinge. Irguióse, se pasó la mano por la frente, vióse apoderarse de su persona entera el hielo de la calma, sus pupilas tornaron á brillar y sus labios á sonreír, y cuando el galanteador esperaba recoger de su boca de fresa la palabra de rendimiento, vióse arrastrado por la enigmática beldad, que le decía con la premura de tono del que no quiere perder un ápice de un manjar que codicia, dejándole desolado:

—¡Ven! ¡Ven! ¡Mis vales!..

III

• Cuando ella quiso parar la acometida, era tarde; estaba su rostro al descubierto, tenía él ya en la mano el misterioso antifaz de raso. El arranque fué tan inesperado, que ni tiempo la dió para lanzar un grito.

Fué en un pasillo, bajo una lámpara eléctrica prisionera en su bomba blanca, que vertió de lleno sobre el desconocido semblante su deslustrada luz. Entonces comprendió la egipcia por qué su caballe-

SIN CARETA, CUADRO DE V. GAMBA

Hay en los bailes carnavalescos un momento que bien podemos llamar solemne, y es aquel en que la elegante mascarita, después de haber enloquecido á su pareja con el fuego ó la dulzura de sus ojos, con la burlona carcajada ó la tierna sonrisa de sus labios, con la sátira ó la pasión de sus palabras, cediendo á impulsos propios ó á ajenos requerimientos, se quita la careta. ¡Cuántos desengaños produce la desaparición del antifaz! ¡Cuántos y cuántos maldicen la curiosidad que les hizo abrir aquella especie de caja de Pandora, de la cual, si no todos los males, se escapan para convertirse en humo los más hermosos ensueños!

Que esta regla tiene sus excepciones, ¡quién lo duda! Por fortuna no siempre en este mundo viven divorciadas la ilusión y la realidad. Dígallo, si no, la escena que nos permite adivinar el bellísimo lienzo de Gamba que en la siguiente página reproducimos: el pintor no ha representado más que á la mitad de los personajes, á *ellas*; pero fácil nos ha de ser completar mentalmente la composición, y de fijo que al completarla con *ellos* vemos dos semblantes sorprendidos, asombrados ante la belleza real de sus compañeras.



SIN CARETA, cuadro de V. Gamba

EL REY FEDERICO VIII DE DINAMARCA

El día 30 de enero último, entre el doblar de las campanas y las salvas de artillería, el rey Federico

su vez al balcón, saludó á sus súbditos y con la cabeza descubierta expresó, en una breve alocución, la esperanza de que el Todopoderoso le conceda la fuerza y la dicha de continuar gobernando el Esta-

parte en la guerra contra Prusia y Austria á las órdenes del general Hegermann-Lindencrone. En 28 de julio de 1869 se casó con la princesa Luisa de Suecia y Noruega, nacida en Estocolmo en 31 de



EL REY FEDERICO VIII DE DINAMARCA. (De fotografía.)



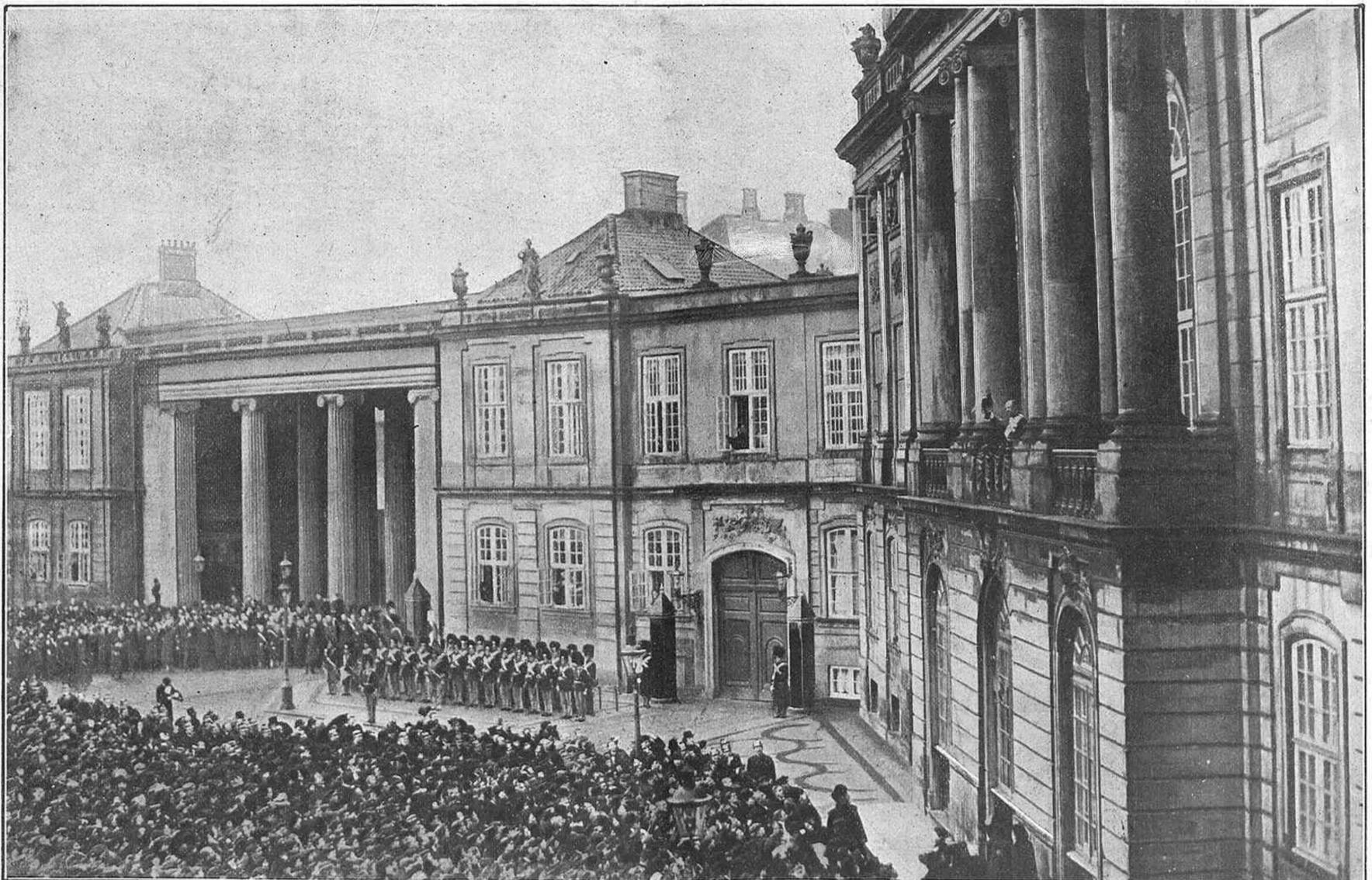
LA REINA LUISA DE DINAMARCA. (De fotografía.)

VIII tomaba solemnemente posesión del trono de Dinamarca. A las doce del día el presidente del Consejo de ministros M. Christensen apareció en el balcón del palacio de Amalienborg y gritó tres veces: «El rey Cristián IX ha muerto, ¡viva S. M. el rey Federico VIII.» El pueblo entonces prorrumpió en aclamaciones entusiastas y pidió ver al nuevo monarca. Este, en uniforme de general, se asomó á

do dentro del mismo espíritu que su amado padre.

Federico VIII, el actual rey, nació en Copenhague en 30 de junio de 1843 y estudió en Oxford, en donde se graduó de doctor en jurisprudencia. La elevación de su padre al trono de Dinamarca le obligó á regresar á su patria, pues como primogénito era príncipe heredero y debía ocupar un puesto en el Consejo de Estado danés. Poco después, tomó

octubre de 1851, hija del rey Carlos XV y sobrina de Oscar II, habiendo tenido de este matrimonio ocho hijos. La reina Luisa es de costumbres sencillas y de elevados sentimientos. Ha fundado muchas casas de expósitos y otros asilos benéficos, y ha enviado á las Antillas danesas buen número de enfermeras para contener la mortandad entre los niños indígenas.—X.



Copenhague.—Advenimiento al trono del nuevo rey de Dinamarca. El rey Federico VIII saludando al pueblo, desde el balcón del palacio de Amalienborg, el día 30 de enero último, después de su proclamación. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.^a)

FABIO FABBI

Nacido en Bolonia en 1861, ha de considerarse á Fabio Fabbi como artista florentino, ya que en la célebre ciudad de los Médicis reside desde su in-



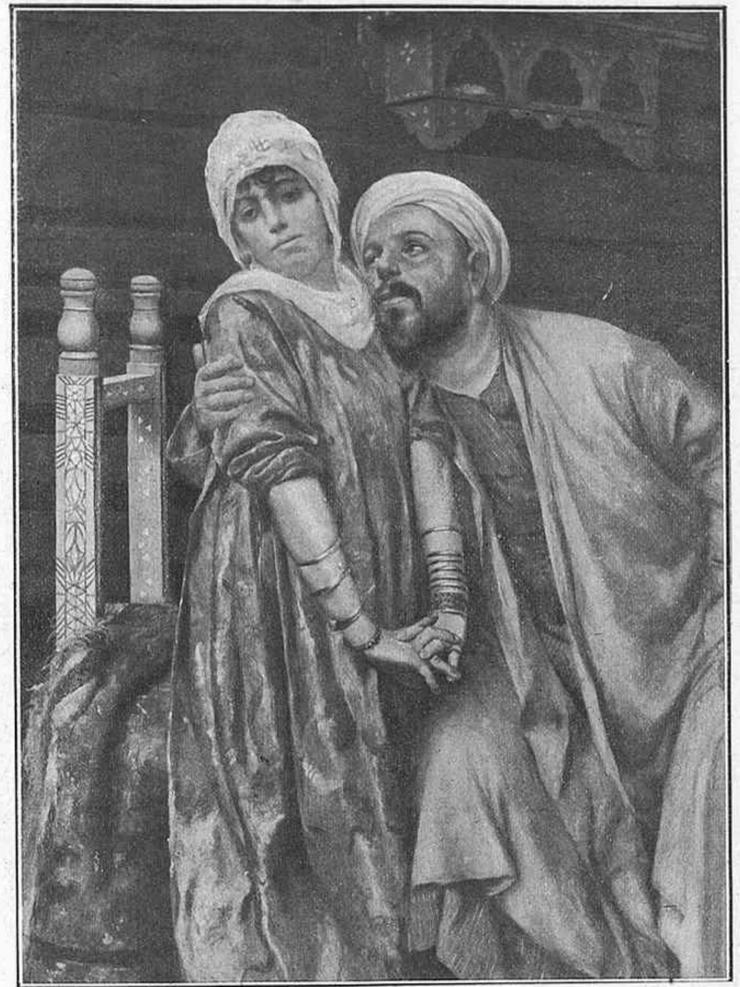
FABIO FABBI

fancia, recibió en ella sus primeras enseñanzas y encierra sus más caras afecciones. Allí ha podido saturarse su espíritu de ese sentimiento artístico que caracteriza y distingue la corte italiana, en cuyo ambiente flota todavía el impulso de aquellos artistas y próceres que la engrandecieron, convirtiéndola en centro de convergencia todas las energías y todas las manifestaciones de la inteligencia.

Narrar la historia artística de este meritisimo pin-

tor es enumerar una continuada serie de triunfos y distinciones. Discípulo de la Academia de Bellas Artes de Florencia, de la cual es hoy uno de sus más distinguidos profesores, obtuvo ya en 1880 el primer premio, otorgándosele en 1883 una pensión para estudiar el arte egipcio. Posteriormente confirióle su ciudad natal el honroso título de profesor honorario de la Academia de Bellas Artes, mereciendo, por algunas de sus obras, la concesión de diplomas otorgados por S. S. León XIII y asimismo ser condecorado por el rey de Italia.

Quien visitara la Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad en 1898, recordará, sin duda, dos hermosas producciones que formaban parte de la interesantísima sección de pintura extranjera. Nos referimos á las tituladas *Un santón* y *Una procesión en la campiña italiana*, obras las dos de Fabbi. Una y otra, de concepto y procedimiento diversos, sirvieron entonces para demostrar la habilidad y maestría de Fabio Fabbi, puesto que la primera, aparte de su exactitud, de ese algo que revelaba el resultado de un esfuerzo asimilativo y observador, admiraba por su maravillosa ejecución, sorprendía la rara inteligencia de un artista que tan dueño aparecía de los recursos que el arte podía suministrarle para aproximar su obra á la realidad. Cuanto al segundo lienzo, representando una escena al aire libre, rebosando vida y animación, iluminada por el brillante sol de Italia, habíase tratado con la amplitud que el asunto requería y ajustada al concepto y á los cánones modernos. De ahí, pues, que al ocuparnos del pintor florentino y de sus obras, hayamos escogido, para que puedan formar juicio exacto nuestros lectores, otras dos producciones que, por sus tendencias, se asemejan á las que



Contraste, cuadro de Fabio Fabbi

mencionamos. *Contraste* es también un modelo de ejecución cuidadosa, expresivo, saturado de sentimiento, mientras que *Los judíos de Varsovia camino del mercado* es otra manifestación de la realidad y de la observación.—A. GARCÍA LLANSÓ.



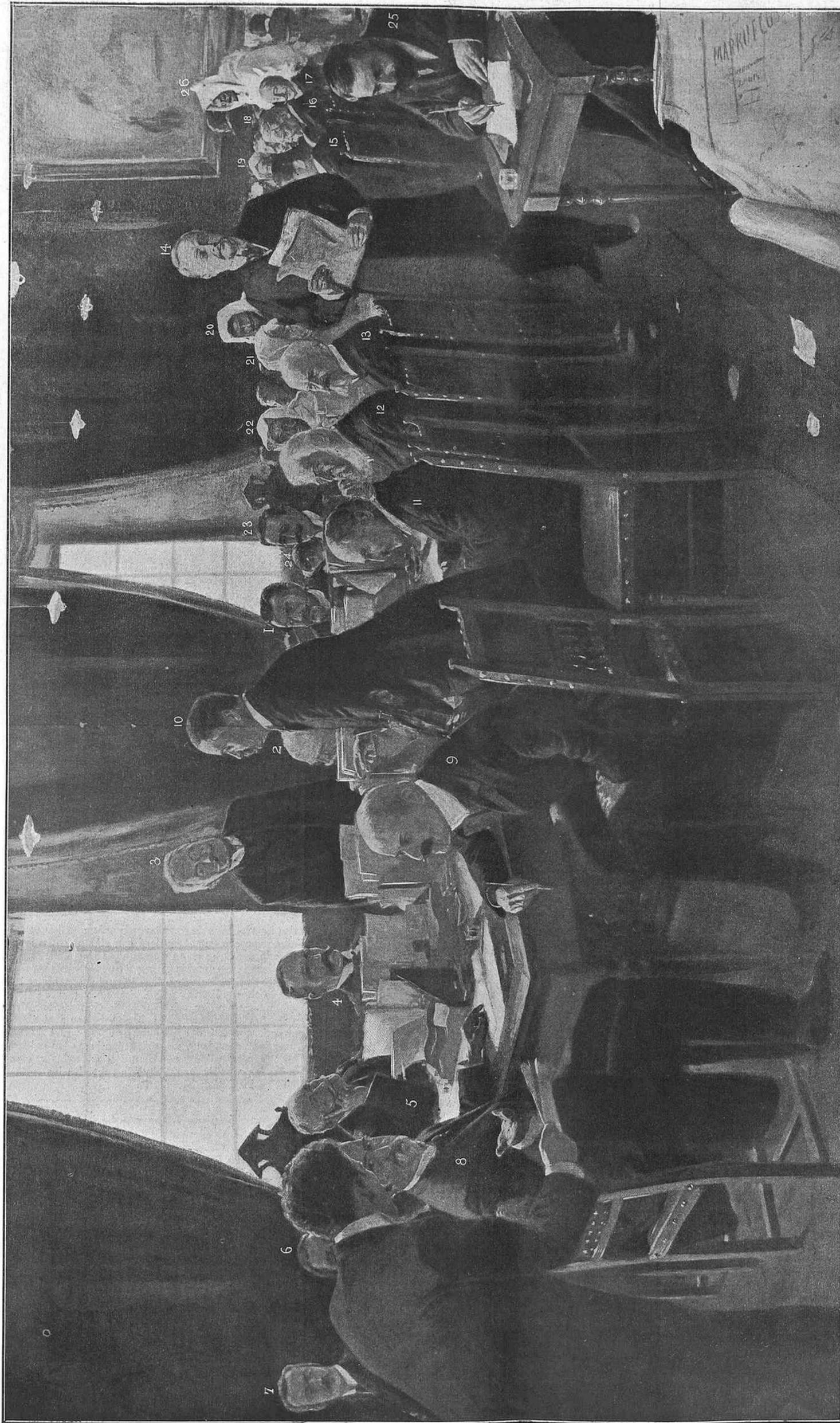
Los judíos de Varsovia camino del mercado, cuadro de Fabio Fabbi



Rusia.—Disturbios revolucionarios. La represión en las provincias del Báltico. Un jefe rebelde de Curlandia condenado á muerte.
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



Rusia.—Disturbios revolucionarios. La represión en las provincias del Báltico. Aspecto de una casa de Komershoff (Curlandia) en la que se reunían los rebeldes, después de haber sido bombardeada por la artillería del general Orloff.
(De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)



UNA SESIÓN PLENA DE LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS, dibujo del natural de J. Simont

1. El duque de Almodóvar del Río, ministro de Estado de España y presidente de la Conferencia. - 2. Sr. Radowitz, primer delegado de Alemania. - 3. El conde de Tattenbach, segundo delegado de Alemania. - 4. El conde de Welscherheim, primer delegado de Austria. - 5. El conde de Koziebrodski, segundo delegado de Austria. - 6. El barón de Jostens, delegado belga. - 7. M. de Margerie, secretario francés. - 8. Mr. White, primer delegado de los Estados Unidos. - 9. Mr. Cummere, segundo delegado de los Estados Unidos. - 10. M. Revoil, primer delegado francés. - 11. Sir Arturo Nicholson, delegado inglés. - 12. El marqués de Visconti-Venosta, primer delegado italiano. - 13. Sr. Malmusi, consejero técnico italiano. - 14. M. Regnault, segundo delegado francés. - 15. El conde de Martens-Ferra, segundo delegado portugués. - 16. El conde Cassini, primer delegado ruso. - 17. Sr. Bacheracht, segundo delegado ruso. - 18. Sr. Sager, delegado suco. - 19. Sidi Mahomed-Torres, primer delegado marroquí. - 20. Secretario intérprete marroquí. - 21. Sefar, delegado marroquí. - 22. Ben Nis, delegado marroquí. - 23. Sr. Pérez Caballero, secretario español. - 24. Sr. Houtoria, secretario español. - 25. Señor Piña, secretario español. - 26. Secretario intérprete marroquí.

LA BODA DE MISS ALICIA ROOSEVELT

En todo el mundo se habla de la próxima boda de la «princesa americana», como muchos denominan a la hija del presidente de la República de los Estados Unidos, pudiendo afirmarse que el suceso despierta tanto interés como si se tratara realmente de una hija de reyes y sucesora a un trono.

Por esta razón, aunque ya dijimos algo acerca de este acontecimiento en el número 1.254 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, no creemos inoportuno insistir sobre el mismo tema publicando los grabados que van en esta página y algunas noticias que nos parecen curiosas.

El presidente Roosevelt, cuya conducta en esta ocasión contrasta con la de sus entusiastas compatriotas, que tanto ruido arman a propósito de la boda de Miss Alicia, ha dispuesto que la ceremonia nupcial, que se celebrará en la Casa Blanca, sea sencillísima; que a ella sólo asistan los individuos más íntimos de las dos familias, y que no se publique la lista oficial de los regalos, cosa esta última innecesaria, desde el momento en que los periódicos han dado cuenta minuciosa de todos los presentes recibidos por la novia.

Los futuros esposos, inmediatamente después de celebrado el matrimonio, emprenderán un largo viaje que empezará por Londres y París y durará dos años, proponiéndose visitar todas las cortes europeas.

Miss Roosevelt es alta, esbelta, rubia, elegante, cuenta veintidós años apenas y es una norteamericana en toda la extensión de la palabra. Siente las mismas aficiones a la vida activa que su padre: caza, pesca, nada, rema, monta a caballo, y si es preciso trepa a un árbol como el chiquillo más ágil. Cuéntase que un día, siendo niña, aburrida de la compañía de su institutriz, saltó por la ventana de la habitación en que estaban y echó a correr por el campo, hallándose muy lejos antes de que la respetable dama hubiese tenido tiempo de ponerse los lentes para ver qué había sido de ella.

Sin ser lo que en la América del Norte se llama rica, tiene una fortuna personal bastante considerable, heredada de su madre, y es de todos modos más rica que su padre, el cual suele decir en tono chancero: «No tengo más remedio que seguir viviendo con Alieia, porque me prestará dinero cuando me haga falta.»

LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS

En el cielo hasta ahora sereno bajo el cual se iba desarrollando la conferencia de Algeciras, han aparecido recientemente algunas nubes que inspiran ciertos recelos a cuantos siguen con interés los debates de la diplomacia reunida en la ciudad andaluza.



LA BODA DE MISS ALICIA ROOSEVELT. — CASA DE MR. LONGWORTH EN ROCKWOOD (CINCINNATI) QUE HABITARÁN LOS FUTUROS ESPOSOS. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Pasaron sin dificultad los primeros proyectos, el de represión del contrabando de armas y el de los impuestos, y va pasando también sin grandes contratiempos el reglamento de aduanas, si bien se presiente que alguna diferencia puede surgir cuando se aborde la cuestión de quién se encargará de guardar y administrar el producto de los recargos sobre los derechos aduaneros destinados a fomentar las obras públicas en Marruecos. Oficialmente, pues, la conferencia, en sus sesiones plenas, prosigue sus tareas sin que ningún incidente venga a turbar la calma y la buena armonía entre los delegados de las potencias.

Y sin embargo, asoman, como decimos, algunas nubes, que se han condensado en la atmósfera extraoficial, precisamente como resultado de aquellas conversaciones particulares en que se cifraban las mayores esperanzas para llegar a una inteligencia.

Sabido es que una de las cuestiones sobre las cuales hacía Francia mayor hincapié es la de la organización de la policía en el imperio marroquí; sabido es también que cuando Alemania exigió la reunión de la conferencia y Francia accedió a esta pretensión, a pesar de que creía resuelto el problema de Ma-

rruecos mediante sus últimos tratados con Inglaterra y con España, se dijo que Guillermo II, satisfecho su amor propio y garantizados los intereses de sus súbditos con la proclama-

que se había mostrado hasta entonces, reclamando para Francia el derecho exclusivo de organizar la policía marroquí y admitiendo, a lo sumo, una participación de Europa en ciertas



LA BODA DE MISS ALICIA ROOSEVELT. — MISS ALICIA ROOSEVELT Y SU PROMETIDO MR. LONGWORTH. Última fotografía instantánea tomada en un *ferry boat* que hace el servicio entre Nueva Jersey y Nueva York. (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

ción de los principios de la soberanía del sultán, de la integridad del imperio marroquí y de la puerta abierta, no opondría reparos a las demás pretensiones de Francia sobre el Norte de África. En esta creencia, Francia acudió a Algeciras, segura

regiones. «En estas condiciones — añade la nota — las negociaciones directas entre los delegados alemanes y los franceses no tenían finalidad alguna y se han interrumpido. Lo que Francia reclama daría por resultado la tunisificación de toda la costa marroquí y la anexión de hecho de Marruecos al África francesa. Pues bien, precisamente para evitar que esto sucediera se realizó el viaje del emperador a Tánger y se convocó la conferencia.»

La emoción que esta nota ha causado en todo el mundo diplomático en general y particularmente en Francia ha sido extraordinaria. La prensa francesa pone el grito en el cielo y afirma que por las entrevistas previas del presidente del Consejo de Ministros francés y del embajador alemán en París, Alemania sabía perfectamente lo que Francia opinaba y deseaba en punto a la cuestión de la policía marroquí, y que el silencio del gabinete de Berlín era una aprobación tácita de esas opiniones y de esos deseos. A propósito de esto y de la nota de la agencia Wolff, los principales periódicos de la vecina república no se ocultan de hablar de falsificaciones de telegramas inexactos y de sacar a relucir el famoso telegrama de Ems, que fué la chispa que hizo estallar la guerra de 1870. La prensa alemana, por su parte, no se muerde la lengua, y contesta a estos ataques con igual energía y arrogancia.

La diplomacia, sin embargo, sigue su obra en Algeciras sin, al parecer, inmutarse por esta campaña de la prensa de ambos países y se esfuerza por encontrar una solución que satisfaga todas las aspiraciones. ¿La encontrará? Muchos lo dudan, dados los términos de tirantez en que la cuestión está planteada: algunos creen que al fin dará con ella. Pero en lo que todo el mundo conviene es en que aunque la conferencia fracase, no estallará la tan temida guerra y que las cosas volverán al ser y estado que tenían antes. Con lo cual Alemania se habrá salido con la suya, y Francia habrá visto nuevamente defraudadas sus esperanzas y malogradas sus aspiraciones sobre Marruecos. Y en el fondo quien saldrá más ganancioso será el imperio marroquí, que habrá conseguido una vez más burlarse de las grandes potencias y ver aplazadas hasta las calendas griegas las tan cacareadas y por él nunca deseadas reformas, pese a todas las cancellerías del mundo y a todos los esfuerzos de los más sabios diplomáticos. — R.

Espectáculos. — PARÍS. — Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *Le péril jaune*, comedia en tres actos de Alejandro Bissón y A. de Saint-Albin; en el teatro de la Renaissance *Les hannetons*, comedia en tres actos de Brieux, y *Au petit bonheur*, comedia en un acto de Anatolio France; y en el Palais Royal *La Grimpette*, comedia en tres actos de Jorge Berr y Marcelo Guillemaud.

BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *La bona gent*, comedia en tres actos de Santiago Rusiñol; y en el Eldorado *La raffica*, comedia en tres actos de E. Bernstein. *Asociación Musical de Barcelona.* — En el Salón de la Reina Regente del Palacio de Bellas Artes ha dado esta asociación un notable é interesante concierto a cargo de los Sres. Rabentós (violoncelo) y Sabater (piano), quienes ejecutaron con verdadera maestría la sonata en *do* menor, op. 32, de Saint-Saens; la sonata en *sol* menor, op. 5, n.º 2, de Beethoven; y la sonata en *la* menor, op. 36, de Grieg, obteniendo entusiastas aplausos.

— En el teatro de Monte Carlo se ha cantado con gran aplauso *Mademoiselle de Belle-Isle*, drama lírico en cuatro actos de Pablo Michelet, tomado de la novela del mismo título de Alejandro Dumas (padre), con música de Spiro Samara.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B^{is} Italiens, París.

de que en una u otra forma se confiará a ella la organización de la policía en Marruecos y convencida de que si alguna dificultad había de surgir sobre este particular sería puramente de fórmula, pero no de fondo.

En esto, el *Siecle*, de París, publicó un artículo del ex ministro de Marina M. Lanessan, demostrando la conveniencia de que Francia sólo cuidara de la policía de la frontera argentino-marroquí y de que la organización de la policía general del imperio se dejara al sultán, facilitando a éste las potencias los medios necesarios. Este artículo, como es natural, produjo en Francia una impresión más que mala, tan mala como excelente la había producido en Alemania. Pocos días después, una agencia alemana, la agencia Wolff, publicó una nota aparentemente oficiosa, pero con todos los caracteres de oficial, que decía en síntesis lo siguiente:

Cuando la impresión general de los delegados era de que se llegaría a un acuerdo sobre las cuestiones más importantes y parecía que el artículo de M. Lanessan había contribuido a aumentar esta confianza, el delegado francés M. Revoil pidió de pronto que se abordara sin dilación el problema de la policía y se mostró desde aquel momento más intransigente de lo



En el mismo instante entraron dos agentes que conducían á un preso de...

EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

I

LA PRISIÓN

En el mes de octubre Nueva York deja de ser una ciudad desierta: las ventanas de sus casas se abren; en las avenidas y paseos públicos se vuelve á ver la multitud de todos aquellos que habían ido á buscar el cambio de aires en las montañas, en la costa ó á través de los mares; las tiendas parecen despertar del letargo producido por la estación calurosa y sus escaparates osténtanse de nuevo brillantes y tentadores; los amigos se encuentran en las calles y felicítanse mutuamente del regreso; los teatros se iluminan otra vez, y por todas partes se ven sus carteles, anunciando con pomposos elogios los cuadros de la compañía que deben deleitar al público; el café de Dolminico está lleno, desde las seis y media hasta las ocho, de negociantes afortunados; y en el vasto comedor del mismo inmortal establecimiento se encuentra, después de terminadas las funciones de los teatros, lo más escogido de la aristocracia de Murray Hill, que discute sobre el mérito de los actores comiendo ostras y apurando copas de champaña.

En los clubs, atestados de gente, reproducense las polémicas y los escándalos; en la calle de Wall, los bolsistas trazan su plan de campaña para el próximo invierno, resuelto cada cual á empobrecer á varios de sus colegas para ser proclamado el Napoleón de la banca; y por otra parte, la temible tribu de ladrones, rateros, falsificadores y petardistas prepárase para poner en práctica los proyectos combinados durante el verano, deseando sin duda que los agentes de policía duerman un par de meses, permitiéndola así ejercer sus mañas contra un público indefenso é incorregible.

Pero el observador que, pasando por la calle de Mulberry, subiese la ancha escalera de piedra del Departamento Central de Policía, para recorrer sus dependencias, podría convencerse desde luego, al notar la preocupación del inspector, la actividad de los empleados, la disciplina de los agentes y el incesante movimiento, de que las esperanzas de los bribones no deberán realizarse. Cada año es más eficaz la vigilancia que se ejerce sobre los criminales; y si se forma alguna cuadrilla de ladrones, seguro es que muy pronto se disolverá por la incesante persecución que sufre.

No obstante, siete ú ocho años ha, el ascendiente de la policía sobre la gente de mal vivir no era ni con mucho tan marcado como hoy. El hombre que, tal vez más que ningún otro individuo, se consideró como responsable del orden público, había sido nombrado recientemente, en aquella época, para velar por él; y las medidas que con tan buen éxito puso en práctica más adelante, no eran entonces, en su mayor parte, sino proyectos que no se debían realizar.

En el momento de comenzar nuestra historia, el nuevo inspector general de policía, Tomás Byrnes, hallábase en su despacho, conversando con un joven muy conocido, porque desempeñaba un cargo de confianza en la casa de banca de su padre y era considerado como sucesor directo de Vanderblich y C.^a

El inspector Byrnes apenas había llegado á la edad madura, y á primera vista parecía más joven de lo que en realidad era; pero notábase ya cierta gravedad en sus ademanes, y distinguíase sobre todo por una energía nada común en la mayoría de los hombres. Aunque hacía poco tiempo que desempeñaba sus funciones, había prestado ya señalados servicios, infundiendo temor á los criminales; mientras que las personas honradas comenzaban á

ver en él un hombre capaz de ahuyentar á los malhechores, proporcionando á los buenos ciudadanos una seguridad que antes consideraban como muy dudosa.

Hemos dicho que el inspector hablaba con un joven: añadiremos que este último, de elevada estatura, tenía el cabello rubio, mirada inteligente, ojos azules y un gracioso bigote que favorecía el conjunto del rostro. Vestía con elegancia, y á primera vista reconocíase en el corte de su ropa la tijera de un buen sastre. Aquel joven había dado los primeros pasos de su carrera en los grandes centros bursátiles de América, y afortunadamente para él, no conocía aún los disgustos y reveses de que no escapa por lo regular un solo individuo entre diez mil.

—¿Cuánto tiempo hace que viene usted observando eso?, preguntaba el inspector.

—En cuanto yo recuerdo, repuso el joven Vanderblich, pues no era otro el visitante, el hecho se ha producido todo el verano pasado. Por supuesto, todo se reduce á una mera sospecha, pero muchas ligeras circunstancias nos inducen á creer que no son infundadas. Hace ya dos ó tres meses que algunos individuos observan la casa, hecho positivo que no admite duda para nosotros; varias personas han entrado repetidas veces para cobrar talones y negociar letras, y siempre se notó que deseaban trabar conversación con los empleados. Ciertamente que las transacciones han sido hasta aquí legales, mas en el modo de hacerlas se ha procedido de un modo que debía inducirnos á sospechar. Sin embargo, como ya dije antes, hasta ayer no pudimos reconocer nada que nos confirmase en nuestra creencia. Tres ó cuatro individuos entraron en la oficina, entre ellos un hombre pálido, de patillas casi negras y cuyo aspecto no prevenía en su favor, y como era el primero, se le preguntó al punto qué deseaba, á lo cual

contestó que iba á negociar una acción de la Compañía de los Caminos de hierro por valor de quinientos duros. Precisamente en aquel momento no se hallaba allí el encargado de la sección en que se negocia ese papel, y como el escribiente que le substituía le esperaba de un minuto á otro, parecióle que lo más prudente sería aguardarle; en su consecuencia tomó la acción, que al parecer estaba corriente, y dijo al interesado que tuviera la bondad de sentarse un momento.

—¿Dió su nombre ese individuo?, preguntó el inspector.

—No; la transacción no llegó hasta el punto de que fuera necesario preguntar al hombre cómo se llamaba; pero el escribiente apuntó el número de la acción y los demás detalles. El interesado parecía estar inquieto, dió dos ó tres vueltas de un lado á otro, miró su reloj, y por último dijo que debía asistir á una cita y que volvería más tarde. Sin esperar respuesta abrió la puerta y se fué.

—¿Llevándose la acción?

—Sí, señor; el escribiente no se creyó autorizado para retenerla.

—¿Qué más?

—Pocos minutos después llegó el encargado de la sección, habláronle del asunto, y se le enseñó el número del documento presentado. El oficial repasó sus listas, y persuadido muy pronto de que había algo irregular, dió cuenta del hecho á mi padre, que mandó hacer la investigación necesaria. De las averiguaciones resultó que la acción presentada era falsa...

—¿Cómo se convencieron ustedes de ello?

—El hecho es, replicó el joven banquero con alguna vacilación, el hecho es..., le digo esto en el seno de la confianza, que últimamente se han hecho muchas transacciones con el papel de los Caminos de hierro, que ha circulado mucho en Europa, donde hay numerosos accionistas, como usted comprenderá. Añadiré de paso que estuvimos á punto de aceptar como socio en la negociación á un ruso, cierto conde Fedovsky, antiguo amigo mío; pero resultó ser un hombre incompetente, y lo supimos muy á tiempo para librarnos de un percance. Pues bien, como era natural, muchas de esas acciones pasaron por nuestras manos entonces, y entre ellas se encontró, lo cual no deja de ser sumamente extraño, la misma de que es una reproducción fraudulenta la que presentó el hombre de las patillas. Fué una fortuna que nuestro oficial no se hallase aún en la oficina.

—Más fortuna fuera, observó el inspector, haber retenido el documento, pues algunas veces, cuando se tiene á la vista, es más fácil descubrir, por la clase del trabajo, alguna cosa respecto al falsificador. ¿Podría el empleado de usted, es decir, el escribiente que habló con el hombre, reconocer á éste?

—A él le parece que sí, aunque tal vez tuviese alguna duda, porque el individuo no se descubrió y ocultaba en parte sus ojos con el ala del sombrero, que según se recuerda era de fieltro negro.

—Sr. Vanderbilt, repuso el inspector, todo lo que me dice usted no sirve de mucho para encontrar el hilo de la trama; pero mandaré practicar averiguaciones y veremos qué puede hacerse. Si obtengo algún resultado, le daré noticia sin pérdida de tiempo.

—El hecho no es de gran importancia en sí, repuso el joven levantándose para coger su sombrero; mas desde otro punto de vista podría tenerla, pues he oído decir que se está urdiendo una trama para poner en circulación mucho papel falso por considerable valor.

—¿Usted ha oído decir eso?, replicó el inspector sonriendo con expresión irónica mientras miraba fijamente al joven. ¿Tiene usted costumbre de creer todo lo que oye, Sr. Vanderbilt?

—¡Oh! Yo no hablo más que de un rumor, apresúrese á contestar el joven.

—Pues un rumor de esa especie puede hacer mucho más daño que bien, dijo el inspector con gravedad; y creo que, así por su propio interés como por el de todos los demás, no se hará usted eco de esa noticia.

El joven Vanderbilt murmuró algunas palabras, despidióse y salió algo confuso, dejando al inspector entregado á sus meditaciones.

«¿Cómo puede esa gente, se dijo el inspector, esperar nuestra protección, mientras vayan cacareando así las noticias ó rumores, verdaderos ó falsos? Si no tuviéramos que lidiar más que con los rateros, fácilmente nos arreglaríamos; pero cuando las personas á quienes los ladrones tratan de robar son las primeras en dar la voz de alarma, ¿qué probabilidad tenemos de coger á los delincuentes? Si ese joven

se pusiera á mis órdenes un par de meses, seguramente aprendería á no hablar tanto y pensar más. Ha oído decir algo sobre las falsificaciones, y en vez de callárselo como si fuese un secreto peligroso, lo cual haría creer á los bribones que no se sospecha de ellos, circunstancia necesaria para que caigan en el lazo, propaga la noticia por todas partes, y esto basta para que los falsificadores se prevengan. Sin embargo, concluyó el inspector sacando un cigarro de su petaca y encendiéndole con la calma del filósofo, inútil es murmurar; siempre sucedió así, siempre sucederá, y es forzoso que la culpa recaiga por lo regular en quien no la tiene.»

A este punto llegaba el inspector en sus reflexiones, cuando llamaron á la puerta.

—¡Adelante!, gritó, dejando escapar una bocanada de humo, mientras cruzaba las piernas.

En el mismo instante entraron dos agentes que conducían á un joven de elevada estatura y bien vestido; estaba muy pálido, y parecía ser presa de una fuerte agitación nerviosa. Sin embargo, sus facciones tenían tal expresión de nobleza, y el aspecto de aquel hombre, aunque se reconociese desde luego su debilidad física, revelaba tan poco la timidez del criminal, que el inspector quedó admirado y supuso que el joven detenido no debía ser un delincuente.

Siguiendo á los agentes de policía había entrado otro hombre que nada tenía de notable, y que evidentemente era el demandante.

El inspector tomó su aire de gravedad acostumbrado, é irguiéndose un poco en su sillón, preguntó á los agentes de qué se trataba.

—Este hombre, dijo uno de ellos señalando al que iba detrás, nos suplicó que detuviéramos á este joven, á quien acusaba de haberle robado. Nosotros no hemos presenciado el hecho, ni sabemos más que lo que el demandante nos dijo. Es un agente del Banco, é iba por la calle de Nassau, cuando de pronto tropezó con un hombre, y un momento después sintió que su caja... Enseña la caja, Santiago.

El otro agente presentó el objeto, que llevaba bajo el capote, y que efectivamente era una caja de hoja de lata, semejante á la que usan los banqueros para llevar valores de una parte á otra.

—Un momento después, continuó el agente, sintió que alguien cogía su caja, y al volverse, vió á este hombre en el suelo con aquella debajo. Sujétóle al punto, nos llamó y detuvimos al joven para conducirlo aquí. Esto es todo cuanto sabemos sobre el particular, señor inspector.

El Sr. Byrnes se volvió hacia el demandante.

—¿Cómo se llama usted?, le preguntó.

—Felipe Jackson, señor.

—¿En qué se ocupa?

—Soy empleado en la casa de banca del Sr. Vanderbilt, donde ejerzo el cargo de comisionista.

Al oír esta respuesta, el preso se inmutó ligeramente, pero no tanto que no lo notase la vista perspicaz del inspector, aunque aparentó no haber observado nada.

—¿Y qué opina usted de esto?, preguntó fijando en su interlocutor una mirada penetrante.

—El Sr. Vanderbilt, contestó el hombre, me entregó esta caja para llevarla á la calle de Broad, diciéndome que tuviese mucho cuidado, porque contenía valores de importancia. Al llegar á la calle de Nassau, donde había en aquel momento mucha gente por ser la hora de salir de las oficinas, un hombre muy alto se cruzó conmigo, y acercándose después á mí, dióme un empujón é hizome rodar por tierra. En el mismo instante sentí que me quitaban la caja, mas no supe al pronto quién era el ladrón, y al ponerme en pie, vi á ese joven en el suelo con la caja entre sus brazos. En su consecuencia le sujeté hasta que llegaron los agentes y se encargaron de él.

El inspector fijó entonces su mirada en el preso, que la sostuvo con firmeza, aunque era evidente que estaba muy débil y que hacía esfuerzos para sostenerse en pie; su cabello, rizado y sedoso, estaba en desorden, y en su cuello y frente veíanse algunas gotas de sangre.

—¿Quién ha herido á este hombre?, preguntó el inspector á los agentes. ¿Ha hecho resistencia cuando se le detuvo?

—No, señor, se ha mostrado muy tranquilo, diciendo tan sólo que era inocente. Ha debido recibir esa herida antes que nosotros le cogiéramos.

—Siéntese usted, dijo el inspector al acusado. Acercaron una silla, y el preso se dejó caer en ella, dando á conocer por una involuntaria exclamación el alivio que experimentaba. Al mismo tiempo saludó con un movimiento de cabeza al inspector, como dándole gracias por su humanidad.

—¿Quién es usted?, preguntó el Sr. Byrnes.

Soy ruso, contestó el joven; me llamo Ivan Fedovsky.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted en Nueva York?

—Unos ocho meses.

—¿Tiene usted algo que alegar en su defensa?

—El testigo ha dicho la verdad en cuanto él sabe, pero tan sólo conoce una parte de ella. No soy culpable de lo que se me acusa.

Dijo esto con tal acento de sinceridad, que el inspector, cuyo oído estaba tan acostumbrado á reconocer las diversas entonaciones de la voz del criminal como el del músico á sorprender una nota desafinada, se impresionó y no pudo menos de interesarse por él.

Sin embargo, había dicho que se llamaba Fedovsky, y esto le recordó su conversación de poco antes con el joven Vanderbilt, quien habló en términos poco favorables de un antiguo amigo suyo de este nombre.

—Sírvase usted referir lo que ha pasado, dijo el inspector.

—Yo iba por la calle de Nassau, comenzó á decir Fedovsky, que así como otros rusos bien educados hablaba perfectamente el inglés, y de pronto vi á un hombre, el mismo que me acusa, que llevaba una caja debajo del brazo, la misma también que el agente ha presentado. Al pronto me ocurrió que esa caja era de las que se usan para guardar valores, y pensé que era muy arriesgado ese método de transmisión. Pocos momentos después vi un hombre alto que avanzaba rápidamente hacia mí, miró á mi acusador y dirigiéndose hacia él dióle un empujón y le derribó, descargándole después un golpe. En el mismo instante vi salir del portal de una casa otro hombre que vestía levita negra y sombrero de fieltro, acercóse al empleado del Banco y le cogió la caja. Entonces, como se volviese hacia mí, alargué el brazo instintivamente, y le cogí por el cuello. Hizo un esfuerzo para desasirse, y al ver que no le era posible, introdujo rápidamente la mano en su bolsillo. Yo temí que hiciera uso de algún arma, y solté al hombre, pero guardando la caja entre mis manos, después de arrancarla violentamente de las suyas. En aquel instante comenzaba á perder el conocimiento, y caí en tierra sobre la caja. Ya no recuerdo más; cuando recobré el sentido halléme entre los dos agentes que acaban de conducirme aquí.

El joven dijo todo esto lentamente, sin duda á causa de su debilidad, pues debió hacer muchas pausas antes de terminar el relato, en voz muy baja. Sin embargo, la declaración parecía confirmar en un todo los hechos, y no dejó de producir una impresión favorable.

El inspector, que había escuchado atentamente, escribió algo en una hoja de papel y reflexionó algunos momentos.

—¿Podría usted, preguntó al fin al acusado, reconocer al hombre que se apoderó de la caja?

—Me parece que sí, contestó el joven, y hasta se me figura haberlo visto antes en alguna parte, aunque no recuerdo ahora dónde. Es un individuo alto, que lleva patillas casi negras.

—¿Cree usted que ese hombre alto fué quien le hirió?

—No podía ser él, porque le tenía enfrente cuando caí; me descargaron el golpe por la espalda.

—¿Entonces sería el hombre alto?..

—Es posible, pero tampoco lo aseguraría, tanto más cuanto que creo que este individuo pasó al otro lado de la calle cuando yo cogía al de la levita negra.

—Jackson, dijo el inspector con acento breve al empleado del Banco, ¿ha sido usted quién ha herido al acusado?

—No, señor, replicó el hombre sin vacilar, jamás maltraté á nadie.

—¿Vió usted descargar el golpe?

—A decir verdad, no, señor.

—¿Y no vió usted tampoco al individuo que se acercó por detrás?

—No, señor.

—Si el hecho ha ocurrido de la manera que ustedes dicen, es razonable suponer que alguno de los que formaban la partida de ladrones fué quien hirió al acusado, y es preciso practicar al punto las averiguaciones necesarias. Vayan ustedes, añadió dirigiéndose á los agentes, al lugar de la ocurrencia, entérense de quiénes han sido los testigos, y vuelvan aquí con ellos. Entretanto, dijo volviéndose hacia el joven, quedará usted detenido aquí hasta que...

—¡Señor inspector, se ha desmayado!, exclamó uno de los agentes.

Efectivamente, Fedovsky había perdido el conocimiento.

II

EL CONDE FEDOVSKY

El inspector dió al punto orden de llamar un médico para que examinase al preso, á quien se atendió debidamente para conseguir cuanto antes su restablecimiento. Entre tanto, presentáronse varios testigos y se tomó nota de sus declaraciones. Uno de ellos confirmó la versión del primero; otros dos alegaron haber visto al hombre de las patillas apoderarse de la caja; uno dijo que había visto al preso luchar con el individuo de la levita; y el último, en fin, afirmó que un hombre, acercándose al acusado por la espalda, le había descargado un golpe.

Todo conducía á deducir que la acusación contra el joven y su detención eran injustas, y que los verdaderos culpables habían escapado. El inspector, pues, dió al punto órdenes para que se buscara á los delincuentes acto continuo; pero había transcurrido ya demasiado tiempo para que se pudiese abrigar la esperanza de encontrarlos.

En la investigación se emplearon dos ó tres horas, y antes de que terminase, el inspector recibió aviso de que el preso estaba sumamente débil, y al parecer afligido por el hambre. La herida de la cabeza, aunque profunda, no había fracturado el cráneo, y era más que probable que el joven se restableciera pronto si se le dispensaba el debido tratamiento.

—Condúzcanle ustedes al hospital, contestó el inspector, y encarguen de mi parte que se le cuide bien. Cuando se haya restablecido, que se presente aquí.

Transcurrieron cuatro ó cinco días, y al cabo de este tiempo se anunció á Byrnes que el paciente, Iván Fedovsky, estaba ya bastante fuerte para que se le diese de alta en el hospital. Poco después un sargento de policía fué en busca del joven y volvió con él muy pronto; presentóle al jefe y se retiró.

—Me alegro mucho, dijo el inspector cuando estuvieron solos y ofreciendo una silla al joven, de que esté usted ya restablecido y que la cosa no haya pasado de aquí.

—Muchas gracias, contestó Fedovsky con un acento que revelaba su sinceridad. Agradezco en el alma las atenciones que se me han dispensado...

—Bien, bien, interrumpió el inspector; yo he querido que se presente usted solamente para decirle que de las averiguaciones resulta que la acusación es infundada, y que en vez de intentar un robo ha procedido usted con una nobleza digna de elogio. Por mi parte no puedo hacer más que expresarle mi sentimiento por el disgusto que se le ha ocasionado; pero cuando se pide á mis subordinados la detención de un individuo, deben obedecer. Sin embargo, probablemente no se le habría traído aquí si hubiese usted citado el nombre de alguna persona conocida que respondiese por usted; y como, según me dijo antes, hace ya ocho meses que reside en Nueva York, parece extraño que no haya pensado en esto.

Fedovsky se ruborizó ligeramente, pero sostuvo con firmeza la mirada del inspector.

—No se me ocurrió, repuso; mas por otra parte, las circunstancias me impedían hacerlo. Entre las muchas personas que conozco en esta ciudad, no hay ninguna con quien tenga la suficiente confianza para pedir un favor. Sin embargo, por este hecho mismo aprecio más la bondad de usted, pues no me conoce, y además ejerce un cargo que no supone sentimientos muy humanitarios, ó por lo menos así se cree en general.

Al pronunciar estas últimas palabras, la boca del joven se contrajo, y algunas lágrimas asomaron á sus ojos.

—¡Oh!, replicó el inspector, no vaya usted á creer que todos los hombres que desempeñan un cargo como el mío carecen de entrañas y de compasión. Nuestro único objeto es reprimir el crimen, castigando á los delincuentes, y esto implica que nos interesamos por la seguridad de la gente honrada. Por lo demás, usted no debe agradecerme cosa alguna, pues me he limitado á cumplir con mi deber en cuanto las circunstancias lo permitían.

—De todos modos, repuso Fedovsky, me ha tra-

tado usted con una bondad que no olvidaré nunca. No hay en esta población persona alguna á quien pueda hablar con franqueza; mas usted me inspira la mayor confianza, y me complacería referirle confidencialmente la historia de mi vida, para que nunca piense que ha dispensado su bondad á un vagabundo.

—Según he dicho ya, repuso el inspector, estoy completamente persuadido de su inocencia, y no hay necesidad de que me cuente su historia, con la cual evocaría tal vez algún triste recuerdo.

—Pues á mí me parece, dijo Fedovsky, que esto



... y caí en tierra sobre la caja

me aliviaría; y en cuanto al incidente que me ha conducido aquí, tengo razones para alegrarme de él más bien que para deplorarle, pues me ha librado de cometer una locura fatal, que habría sido un crimen. Ya comprenderá esto mejor cuando llegue á cierto punto de mi relato; pero ante todo quisiera saber si tiene usted tiempo suficiente para oírme...

Por toda contestación el Sr. Byrnes tiró de la campanilla, y en el mismo instante presentóse un agente.

—Estoy ocupado, dijo el inspector; no recibiré á nadie, como no sea para algún asunto que no admita espera. Y ahora, añadió cuando el agente se hubo retirado, estoy dispuesto á escuchar á usted, caballero.

Fedovsky comenzó á referir su historia, con cierta vacilación al principio, pero á medida que avanzaba en el relato, éste adquiría vigor y colorido, llegando á presentar á veces las situaciones más dramáticas. Era la historia de una vida extraña, de singulares aventuras, é indudablemente debía mucho de su interés al estilo y personalidad del narrador. No obstante, nos extenderíamos demasiado si tratásemos de reproducirla toda; y para conveniencia del lector nos limitamos á dar la parte que ofrece mayor interés, poniendo á Fedovsky en tercera persona. Así evitaremos ciertas digresiones que carecen de importancia, y por otra parte se dilucidarán algunos puntos que no se explicaban suficientemente en el relato original.

El hombre se entrega al juego por una de estas tres razones: ó por afición natural, ó porque espera desquitarse prontamente de una pérdida de dinero, ó porque, hastiado de todas las demás formas de excitación, no encuentra otra que le satisfaga más.

El joven caballero ruso, conocido como conde Fedovsky, se podía haber clasificado en la tercera de estas divisiones. Por naturaleza no era especialmente inclinado á los juegos de azar; y después de haber pasado dos ó tres años en las capitales de Europa, llevando una vida extravagante, aún le quedaba dinero en abundancia; pero muy pronto comenzó á cansarse de las diversiones y de la disipación bajo sus formas ordinarias, y por último sintió la necesidad de un estímulo más fuerte.

Cierta día se le ocurrió que aún no había probado su suerte en el tapete verde, y obrando bajo el impulso del momento, mandó á su fiel criado preparar el equipaje y marchó en el primer tren que salía para Mónaco.

Hasta este punto de su carrera, el conde Fedovsky podía considerarse favorito de la fortuna. Hijo único de un rico magnate ruso, había recibido excelente educación, y desde su infancia comenzó á

familiarizarse con los principales idiomas europeos. Su padre, que desempeñaba un cargo de importancia en el gobierno imperial, había sido favorito del tsar, y estaba saturado de todas las preocupaciones en que le habían imbuído la tradición y las ideas de sus antecesores autócratas. Su madre, mujer tan hermosa como indolente, había tenido por lo regular demasiada condescendencia para su hijo, que no pocas veces la desobedeció; pero la buena señora, en vez de imponerle un correctivo, contentábase con castigar á sus siervos, los cuales amaban tanto á su joven señor, que sufrían resignados sin quejarse.

Cuando el conde tuvo veinte años, se enamoró desesperadamente de una joven con quien no le era lícito unirse, en primer lugar porque pertenecía á una clase inferior de la sociedad, y además de esto, otras razones de carácter político se oponían á semejante enlace. Sin embargo, la joven correspondía á la pasión de su adorador, y seguramente los dos hubieran podido ser felices. La madre del conde, que respecto á moralidad tenía las ideas de su raza, no se habría opuesto á que los jóvenes se amaran sin la intervención de las formalidades legales y eclesiásticas; pero su hijo, cuyas ideas eran puras, tuvo la rara magnanimidad de rehusar semejantes relaciones clandestinas. Vera, que así se llamaba la joven, debía ser su esposa ó nada; y en vano fué argüirle, porque estaba acostumbrado á no encontrar oposición ante su voluntad, y no hubo medio de vencerle.

La condesa, temiendo que su hijo se escapase para unirse con la mujer á quien amaba, vióse en la precisión de dar cuenta á su esposo de aquel estado de cosas; escribióle una carta sobre el particular, y el antiguo autócrata llegó de San Petersburgo tres días después.

El conde procedió desde luego con la mayor actividad y decisión. Ante todo tuvo una entrevista con su hijo, y demostróle claramente la magnitud de su locura; díjole después que debía prepararse para ir con él á la capital la semana siguiente para desempeñar allí un cargo oficial; y negándose á escuchar las observaciones y súplicas de su hijo, le mandó retirarse á su cuarto, encerróle bajo llave, y subiendo después á su coche, dirigióse al domicilio de la desgraciada Vera.

Los padres de la joven eran pobres; el conde les dió á conocer en dos palabras la situación, y terminó proponiéndoles que casaran inmediatamente á su hija con el intendente de uno de los dominios del autócrata. A fin de allanar el camino, puso en manos de los padres de Vera cincuenta mil rublos, y como aquella pobre gente no tuvo valor para oponer objeción alguna, aunque hubiese querido hacerlo, el matrimonio se efectuó antes de terminarse la semana.

Al recibir la noticia el joven conde, fué á ver á su padre y díjole que, siéndole ya imposible esperar felicidad alguna, pondría fin á sus días. Apenas pronunciadas estas palabras, apoderóse de una pistola que había sobre la mesa y se aplicó la boca del cañón á la frente. El padre permaneció inmóvil, con la vista fija en su hijo, que oprimiendo los dientes y muy pálido, apretó el gatillo del arma. Pero no se siguió explosión alguna; el sagaz noble había tenido la precaución de sacar los proyectiles, y levantándose rápidamente, cogió la pistola de manos del joven y obligóle á sentarse.

—Vamos, díjole con bondad, á pesar de todo, abrigo la esperanza de hacer carrera de ti. Acabas de probarme que tienes valor y resolución; y en cuanto á la joven por cuyo amor has querido arrancarte la vida, ningún hombre hubiera podido hacer más. Gracias á mi previsión, en vez de ser ahora un yerto cadáver, conservas la vida, y tienes ante ti una brillante carrera. No lamentos lo que es irrevocable; el suicidio es propio de los cobardes y los imbéciles, y tú no eres ni una cosa ni otra. Mañana mismo iremos á San Petersburgo; allí te pondré en buen camino, y con tus aptitudes y mi influencia, no habrá puesto bastante elevado para tu ambición. ¡Eres mi hijo; puedes contar con mi cariñoso afecto, y ahora es preciso que procures merecer también mi respeto y estimación!

(Se continuará.)

CÓMO LOS JAPONESES HAN ECONOMIZADO VIDAS DURANTE LA ÚLTIMA GUERRA

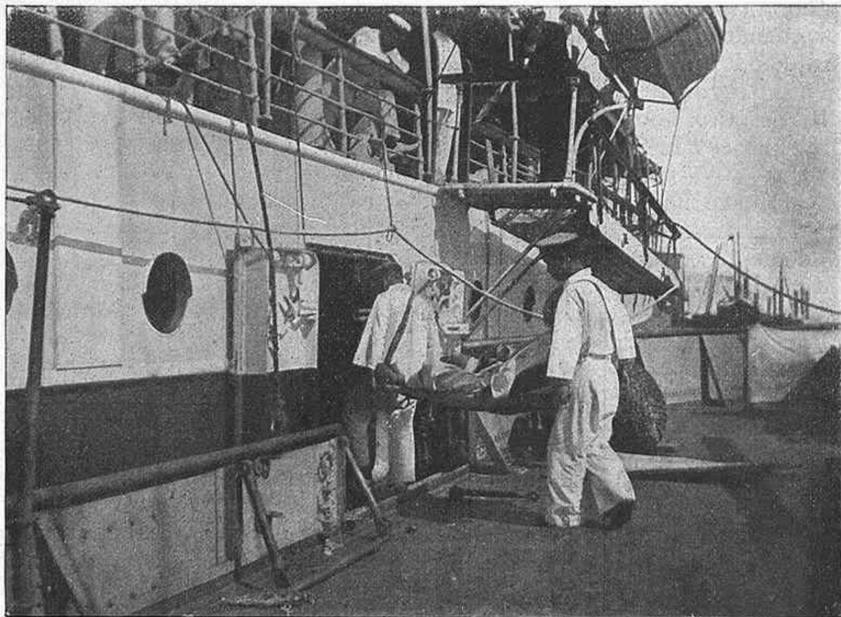
POR ANITA NEWCOMB, DOCTORA EN MEDICINA

El tifus, ese azote temible del soldado, casi fué desterrado del ejército japonés durante la reciente guerra. Este es uno de los muchos resultados que, en la prevención de enfermedades y muertes, he tenido ocasión de observar mientras estuve de directora de enfermeras en Hiroshima, base principal de operaciones, y en los hospitales que se establecieron, así a orillas del Yalú, en Mandchuria, como en algunos buques.

En los tres meses que siguieron después de la batalla del Yalú, el ejército del general Kuroki sólo tuvo ochenta y tres casos de tifus. Desde que desembarcó el ejército del general Okú en Mandchuria, el 6 de mayo, hasta fines de enero del año siguiente, sólo tuvo cincuenta defunciones causadas por el tifus. Indudablemente ha contribuido mucho a ese resultado el gran cuidado que se tenía con la higiene del soldado, a quien se hacía tomar diariamente varias píldoras de creosota, que destruye los gérmenes del mal.

En el ejército japonés se cebó más la disentería que el tifus; pero su más cruel enemigo fué el beri-beri ó *kaké*. De los enfermos del ejército del general Kuroki, que el último verano pasaron por Antung con dirección al Japón, el 70 por 100 lo estaban del beri-beri, enfermedad común en el Oriente. Ataca principalmente a los nervios y a la circulación, produce un parálisis mayor ó menor é hinchazón, principalmente de las piernas. La humedad, el calor y la alimentación insuficiente predisponen á ella, y algunos médicos eminentes sostienen que una alimentación bien ordenada basta para impedir su desarrollo. Así lo han hecho en la marina japonesa, dando á las tripulaciones mayor cantidad de nitrógeno y grasa y mejorando las condiciones sanitarias de los buques, lo que ha producido muy buenos resultados. Los médicos japoneses tratan con mucho empeño en la actualidad de conseguir idéntico resultado en el ejército; el día que lo consigan se pondrá aquel país á la cabeza de las naciones en lo que concierne á sanidad militar.

Los médicos y sanitarios japoneses han hecho mucho por evitar bajas definitivas innecesarias. La mayor parte del hospital de Hiroshima estaba destinado para los heridos más graves, especialmente para los que requerían ser operados. De más de 3.000 de estos heridos, conducidos allí antes de que finalizara septiembre, sólo murieron 47. Todavía más notable es la estadística de los miembros que se salvaron de ser amputados, porque á pesar de estar en aquel hospital la principal sala de operaciones de todo el ejército, sólo se efectuaron en dicho espacio de tiempo 19 amputaciones, y de éstas, cinco fueron de dedos.

Camilleros conduciendo un herido á bordo del *Kobé-Marú*

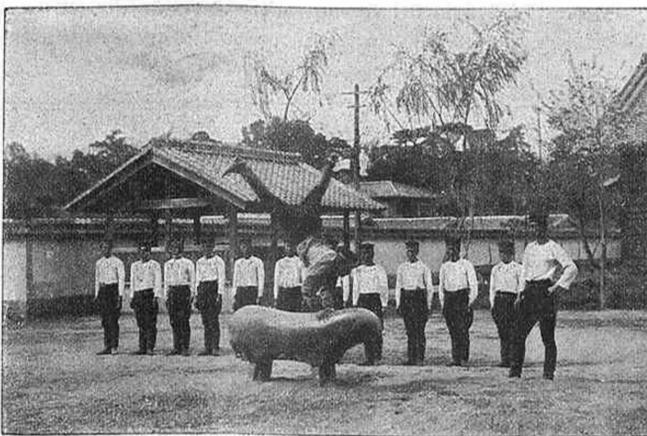
Por los datos que he podido adquirir, calculo que el número de muertos por heridas, en todo el ejército japonés, durante el primer año de la guerra, no ha sido inferior á 40.000. Cuando se dice que en una batalla prolongada han ocurrido 10.000 bajas, quiere esto significar, por regla general, que una quinta parte, ó sean 2.000 hombres, pierden la vida en el acto y otros sucumben después de sus heridas, hasta que el número total de muertos llega, aproximadamente, á una tercera parte de las bajas, ó séase á 3.300. Probablemente 2.500 ó más de los heridos se retiran por su pie del campo de batalla; de éstos, 1.500 se curan en los hospitales de campaña y vuelven pronto á las filas. El resto, ó séanse 5.200, son enviados al Japón. De ellos, únicamente de 20 á 30 son operados antes de llegar allí y esos, en su mayor parte, con objeto de contener las hemorragias.

Un hecho curioso y que contradice por completo la opinión de varias eminencias militares, que sostienen que las bayonetas ya no tendrían ocasión de emplearse, es que el 7 por 100 de todos los heridos lo era de arma blanca. Esto, en parte, es debido á la repugnancia á rendirse que sienten los japoneses y que los obliga á combatir cuerpo á cuerpo. Uno de nuestros pacientes fué el soldado Nakano, que recibió nada menos que veinte bayonetazos; sin embargo, cinco semanas después estaba ya casi bueno. Hallábase una noche en un puesto avanzado, que fué cercado por el enemigo. Combatiendo cuerpo á cuerpo, después de recibir cinco bayonetazos en el pecho, uno de los que por poco le atraviesa el corazón, cayó al suelo, donde recibió las demás en la espalda, brazos y cabeza.

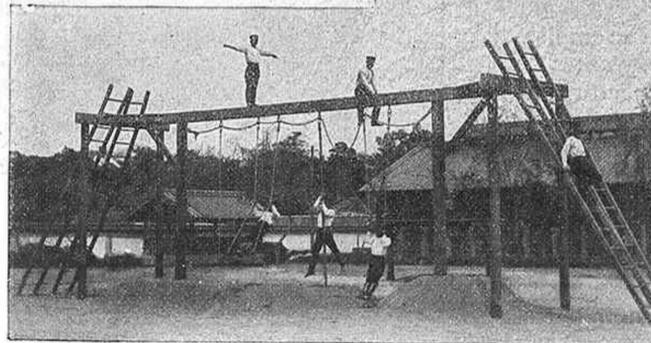
En el ejército japonés por cada 100 hombres muertos en el acto hay 66 que mueren de sus heridas, y casi todos éstos fallecen antes de que se les pueda sacar del campo de batalla. Dicho de otro modo, esos muertos lo son realmente por el

enemigo y no por gérmenes infecciosos ó á causa de descuidos en su tratamiento.

La mayor parte de tan admirables resultados se debe al em-



pleo inteligente del paquete de vendajes esterilizados para primeras curas que cada soldado lleva consigo, y á la regla que observan los médicos japoneses de no hacer operaciones en el campo de batalla. Las balas de fusil modernas son pequeñas y humanitarias, las japonesas todavía más que las rusas, porque las primeras sólo tienen 6 milímetros de diámetro y las segundas 7. Debido á su composición y gran velocidad, prácticamente están esterilizadas, y á no ser que toquen en algún órgano vital, si no se la contamina con el manoseo las probabilidades son que la herida cicatrice pronto y sin complicaciones. Según se me



Reclutas practicando ejercicios en un gimnasio al aire libre en Hiroshima

dijo en Antung, el 82 por 100 de los heridos japoneses en la batalla del Yalú tenían heridas no infeccionadas y sin pus.

Aquel preservativo de la vida, aquel pequeño paquete, pierde gran parte de su eficacia si se pone en manos de soldados á quienes no se haya enseñado la manera de servirse de él; el gran éxito que ha tenido entre los japoneses se debe á que á falta de médicos y practicantes, cada soldado sabe la manera de aplicárselo á sí mismo ó á otro compañero.

El principal factor de ese buen éxito es el cuerpo de Sanidad del ejército japonés, cuyo primordial objetivo es conservar al soldado apto para el combate, y en segundo lugar, curarle cuando cae enfermo ó herido. Ayúdale en sus funciones otro cuerpo de análoga organización y que de él depende, en el cual hay también enfermeras con sus correspondientes jefes del mismo sexo, y está formado por la sociedad de la Cruz Roja japonesa, cuyo uniforme usa. Las enfermeras de esta sociedad son consideradas como las que mejor

saben cumplir con su cometido, y se las destina á los puestos preferentes, como son los hospitales de las bases de operaciones y los instalados en los buques. Por cada dos enfermeros instruídos que pueda presentar cualquier ejército, el japonés tiene tres, sin contar el personal procedente de la Cruz Roja.

En los tiempos antiguos se creía que era más barato buscar otro soldado que curar al que enfermaba ó era herido. La idea de conservar la vida, tratándose de cosa que tantas consume como es la guerra, es moderna y hasta cierto punto anómala. Pero el progreso humano exige que se ponga término á las pérdidas superfluas é inútiles de existencias, y al fin los generales y los legisladores principian á dar la debida importancia al problema de conservar al soldado apto y en buenas condiciones para la lucha. Los japoneses, por lo menos, lo hacen así. Tienen un numeroso cuerpo de sanidad, cuyos miembros todos, desde el director general hasta el último camillero, conocen perfectamente cuanto han de practicar, y además una reserva igualmente numerosa é instruída.

Desde el punto de vista puramente militar, todo aumento de personal no combatiente es un embarazo más para un ejército en campaña; sin embargo, todas las naciones deben tener uno suficiente para que pueda prestar pronto auxilio después de una batalla encarnizada. Pero tan cruentas han sido aquellas en que últimamente han tomado parte los japoneses,

que ha habido veces en que, á pesar del gran número que tienen de médicos y enfermeros, se han visto en grandes apuros. Al principio de la guerra, á las doce horas de terminado un combate quedaba el campo de batalla limpio de muertos y de heridos.

A medida que aumentaba el encarnizamiento en los combates, se hacía más difícil la labor de los camilleros. A fines de agosto, por ejemplo, hubo un fuego tan continuo y á poca distancia en las líneas de Puerto Arthur, que á veces no fué posible enviarlos al lugar de la acción, y muchos heridos permanecieron durante días enteros tendidos en el campo y sin socorro.

El general Nogi mandaba un cuerpo tras otro al ataque de la fortaleza que con tanta bravura se defendía. Un regimiento que contaba tres mil combatientes, quedó reducido á doscientos soldados y diez oficiales. Uno de sus batallones atacó por la noche un fuerte y logró penetrar

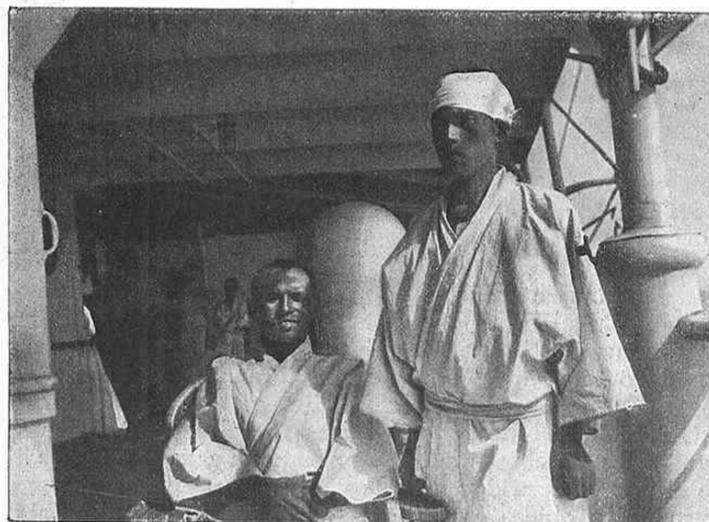
en él, si es que tal podía llamarse á lo que quedaba; un segundo teniente era quien había asumido el mando; siendo á la vez abanderado; herido en la mano derecha, la envolvió con la bandera y continuó combatiendo con la espada en la izquierda. Cuando ya tampoco podía manejar este brazo, cayó al suelo con una pierna rota; entonces trató de suicidarse, como lo hacían muchos de los

heridos que le rodeaban. Pero en aquel momento llegaron refuerzos, y uno de sus mismos soldados, herido ligeramente en la cabeza, le cargó sobre sus espaldas y le sacó fuera del recinto. Cuando por último los rusos, con fuerzas muy superiores, recobraron el fuerte, sólo regresaron al campo japonés un oficial y siete soldados que no estuvieran heridos. A la vista de estos casos, no es de extrañar que, á pesar de su previsión y cuidado, se encontraran los japoneses con que no bastaban sus hospitales ni sus medios de transporte para los heridos.

El *Kobé-Marú* es uno de los dos buques hospitales que pertenecen á la Cruz Roja; en tiempo de paz estaba destinado al transporte de pasajeros; durante la guerra se le transformó rápidamente en hospital con arreglo á los planos hechos cuando se le construyó. Lo mismo que su compañero, el *Hakuai-Marú*, tiene tres puentes y mide 1.423 toneladas netas. El amplio espacio destinado para pasarse lo utilizaban todos los pacientes sin distinción de jerarquías, y ocupaban sus camarotes los oficiales y soldados que más graves se hallaban. En el lugar donde estaban los salones y comedores se colocó una armazón de hierro que sostenía unos sobre otros y muy juntos los lechos.

También tienen estos buques pequeños compartimientos para los enfermos del tifus y otras enfermedades contagiosas, cuarto de operaciones dispuesto para practicarlas, pero donde por lo común sólo se hacen curas, farmacia, depósito de cadáveres, aparato para los rayos X, y están desinfectados por un sistema de tubos de vapor.

A bordo del *Kobé-Marú* conocí á Iwasaki, soldado japonés que, después de curadas sus heridas, regresaba al Japón para reponerse de los efectos de unas tenaces fiebres intermitentes. En la batalla de Motien, rodeado por varios rusos, mató tres, y al hacer lo mismo con el cuarto, fué cogido prisionero por un gigantesco soldado ruso que por detrás le cogió entre sus brazos. Quitáronle el fusil y bayoneta; pero aquella misma no-

Los soldados Iwasaki y Nakano á bordo del *Kobé-Marú*

che se apoderó de un fusil, hirió á dos de ellos con la bayoneta, y á pesar de haber recibido un sablazo, pudo volver á incorporarse á su regimiento.

EL AUTOMÓVIL DE GUERRA

C. G. V.

El ministro de la Guerra de Francia visitó el día 10 de los corrientes los talleres que en Puteaux tiene la sociedad Charron, Girardot y Voigt, para examinar un tipo interesante de automóvil militar construido por cuenta del gobierno ruso por la citada casa conocida por C. G. V. Este automóvil constituye, en cierto modo, una ciudadela ambulante que se mueve con la facilidad que hoy se obtiene con el vehículo de motor y que (punto sobre el cual conviene insistir) puede evolucionar en terreno accidentado, es decir, prestar servicio útil y práctico en campaña.

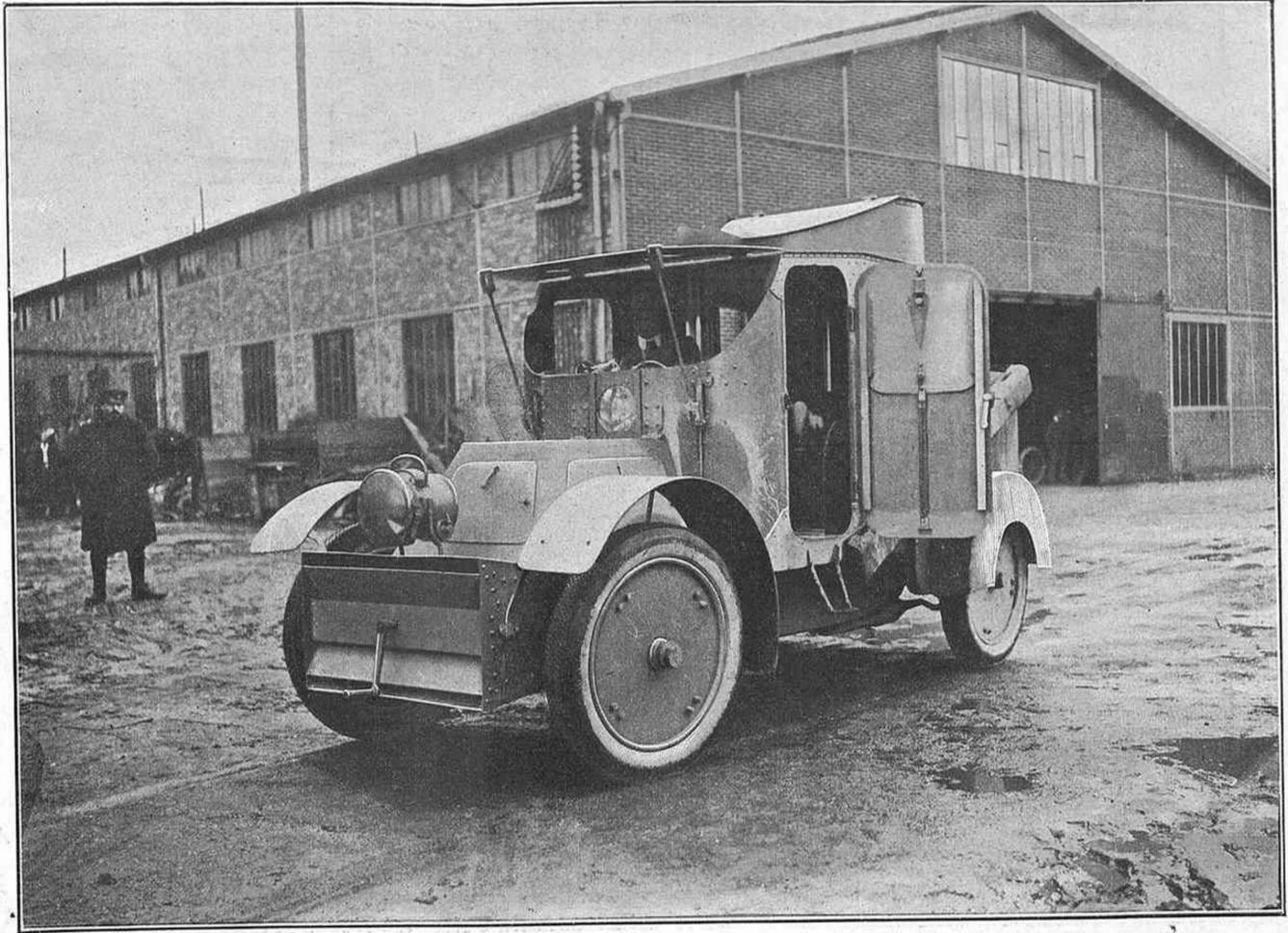
La casa C. G. V., una vez resuelto el problema, ha puesto empeño en darle interés por la misma simplicidad de su solución.

El vehículo consta de dos elementos, el marco y lo que llamaremos la ciudadela, con sus casamatas, su armamento y el dispositivo especial de la torrecilla móvil que protege el cañón.

El marco es del tipo corriente, de 30 caballos; los ejes y los muelles han sido reforzados en previsión del trabajo á menudo penoso que habrán de realizar; las ruedas son macizas y los bandajes tienen cámaras de aire saturadas de una disolución especial que, en caso de perforación permiten que el vehículo ande unos diez minutos sin que la avería del neumático sea un peligro para la marcha del mismo. El automóvil lleva además dos ruedas de recambio que pueden montarse en el juego delantero ó en el de detrás, pues los constructores han hecho de modo que las ruedas puedan ir indistintamente á una parte ó á otra.

El automóvil hállase protegido enteramente por planchas de blindaje que defienden los órganos motores, el radiador, las ruedas hasta la altura del cubo, la pieza de artillería, el servidor de ésta y los conductores del vehículo. Un juego de postigos permite transformar inmediatamente el vehículo en un bloque, desde cuyo interior se explora el terreno por medio de pequeñas troneras.

El conductor y el maquinista ocupan dos asientos en la delantera como en los vehículos ordinarios.



EL AUTOMÓVIL DE GUERRA CONSTRUÍDO POR LA SOCIEDAD CHARRÓN GIRARDOT Y VOIGT DE PUTEAUX (FRANCIA) POR ENCARGO DEL GOBIERNO RUSO. (De fotografía de M. Branger.)

Un mecanismo especial muy sencillo permite poner en movimiento el motor desde el interior del vehículo. En la parte trasera de éste hay la pieza de artillería y una especie de torrecilla en cuya plataforma está el cañón giratorio.

El comandante Guye, que ha colaborado á la construcción de la C. G. V. de guerra, se ha preocupado especialmente de encontrar un mecanismo que permita asegurar una gran regularidad del tiro, estando el vehículo en marcha ó parado.

Sus estudios han tendido á la supresión de la trepidación de la pieza, que es de tiro rápido, y de

la plataforma, habiendo conseguido, por un sistema especial, asociar la una á la otra en una rigidez absoluta.

La C. G. V. de guerra en condiciones de marcha, con sus municiones y sus viajeros, pesa unas tres toneladas; puede correr á razón de 45 kilómetros por hora en terreno llano y sube con facilidad pendientes de 25 por 100.

El blindaje general que envuelve el vehículo ha sido sometido á la prueba del fuego; á 125 metros, las balas Lebel no han causado en él ningún desperfecto.—G.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de **J. FERRE**, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

ZOMOL
JUGO DE CARNE DESECADO

ZOMOTERAPIA
EL ZOMOL PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)
PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la
TUBERCULOSIS, la *NEURASTENIA*, la *CLOROSIS*, la *ANEMIA*, la *CONVALECENCIA*, etc.
Tres cucharaditas de café de Zomol representan EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



París.—Visita de los individuos del County Council de Londres al Consejo Municipal de París.—Los miembros de ambos Consejos dirigiéndose al Palacio de Justicia. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El Consejo del Condado de Londres ha devuelto al Consejo Municipal de París la visita que éste le hizo hace algunos meses. Durante los cinco días que han permanecido en la capital de Francia los ediles de Londres han sido espléndidamente obsequiados por sus colegas parisienses, quienes dispusieron en su honor, entre otras fiestas, un almuerzo en el Jardín de Aclimatación, una función de gala en la Opera, una visita y un almuerzo en Versailles, una recepción en el Elíseo, otra en el Hotel de Ville y otra en el Ministerio del Interior, amén de los correspondientes paseos por París y sus alrededores y de varias visitas á los más importantes establecimientos públicos.

Dentición
JARABE DELABARRE
 Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUGE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
 Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

INFLUENZA RACHITIS
 ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
 CARNE-QUINA-HIERRO
 El más poderoso Regenerador.

PECHO IDEAL
 Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las **Píldoras Orientales**, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
 LOS VERDADEROS Y EFICACES
 PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS
 EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE
 Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD
 al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS RES
JORET-HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN - PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Frasco 5fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOGES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et Cie B^{is} St-Denis 149

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.**